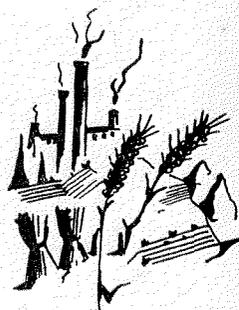


CENTRO DE ESTUDIOS



SOCIALES Y ECONOMICOS

79, rue Saint-Denis
Paris I

Supplement des CAHIERS DU
SOCIALISME LIBERTAIRE

Revue mensuelle d'études
sociologiques

B. P. 92. Bureau Central à
Neuilly - Seine

Precio : 2 N. F.

Centro de Estudios Sociales y Económicos

PROBLEMAS
DE
ESPAÑA
Y DEL
EXILIO

MESA REDONDA

con la participación de

Juan Bernat — Bustelo — Félix Carrasquer — Manuel
Fabra — Antonio Gardó — F. Gómez Peláez —
Jesús Insausti — Gastón Leval — López Campillo —
José Maldonado — Bernardo Merino — José Pallach
— Francisco Pérez — Juan Sauret — Fernando Valera.

♦
PARIS
1961

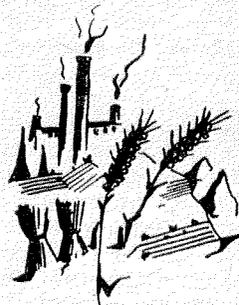
LA prolongación del exilio español —con significar le denuncia de un régimen de fuerza, típicamente fascista, impuesto al país con el concurso de las potencias totalitarias que provocaron la segunda guerra mundial y que, pese a la derrota de éstas, se mantiene principalmente en pie al amparo de la división de las Naciones Unidas, envueltas en una lucha de influencias que eterniza la guerra fría—, conlleva inconvenientes que lógicamente deben ser examinados para poder atisbar la posibilidad del restablecimiento de las libertades en el país y, como consecuencia, la reincorporación de los desterrados a la vida nacional.

En este sentido, el Centro de Estudios Sociales y Económicos de París, independientemente del examen que partidos y organizaciones antifranquistas puedan hacer en su marco peculiar, ha creído de interés efectuar una confrontación general de opiniones reuniendo en mesa redonda a unos cuantos refugiados veteranos de distintas tendencias (republicanos, libertarios, socialistas, nacionalistas vascos y catalanes) y también a algunos representantes de las nuevas generaciones, estudiantes en particular, recientemente emigrados. Este coloquio, celebrado en la sala del Museo Social (5, rue de Las Cases, París (VD), los días 9 y 10 de abril de 1961, desarrollóse con arreglo al siguiente orden del día:

- I. Análisis del presente político social de España.**
- II. Examen del exilio y sus tendencias dominantes.**
- III. Estudio de las corrientes de aproximación y coincidencia con vistas a la libertad de la Península y a la inmediata convivencia en un clima de respeto mutuo y de progreso.**

Tal como se había propuesto, la mesa redonda eludió la adopción de acuerdos o posturas definitivas, limitándose a la exposi-

ción de los variados matices de cada uno de los temas en estudio. Así, pues, tanto por los elementos aportados al examen, cuanto por la manera franca y de suma elevación en que transcurrieron las tres sesiones — así como por la atención prestada por los numerosos asistentes— este primer coloquio de la emigración española radicada en París, merece ser considerado como un ensayo interesantísimo y que puede servir de ejemplo para otras localidades de gran concentración de refugiados y acaso para que la emigración, en su conjunto, intentara idéntica confrontación a través de las fronteras. Pues es evidente que si la división del mundo favorece los designios franquistas, también se debe — y no en menor grado— la permanencia de la dictadura a la falta de cohesión de la oposición y, en primer lugar, a la pasividad que ciertos formulismos han creado en la emigración y al distanciamiento acentuado entre la misma emigración y la oposición del Interior de España.



PROBLEMAS DE ESPAÑA Y DEL EXILIO

Apertura del coloquio

El secretario de Coordinación del Centro de Estudios Sociales y Económicos, Félix Carrasquer, abrió la primera sesión con las palabras siguientes:

Me satisface iniciar este acto congratulándome, en nombre del Centro de Estudios Sociales y Económicos, del favor que nos han dispensado todos ustedes con su presencia. Permítanme dé las gracias a cuantos, respondiendo a nuestra invitación, han venido a aportar su experiencia y sus conocimientos respecto a los problemas de España, así como a los demás compañeros y amigos de la sala que realzan estas jornadas con su curiosidad y su entusiasmo. Unos y otros ponemos de relieve el interés que en el fondo de todos palpita: el de la liberación de España, que únicamente precisa del catalizador que ponga en función tal deseo.

Quisiera hacer un ruego a todos los participantes en esta mesa redonda, es decir, que convendría nos despojáramos de cuanto significan principios y doctrinas, de cuanto tenga relación con ideas preconcebidas, porque sólo así, con el espíritu libre, nos aproximaremos a la verdad, y lo que es más importante, posibilitaremos un clima de fraternidad y confianza.

Se ha reprochado a la falta de inclinación cooperadora la causa de nuestros males nacionales, y nosotros mismos hemos sufrido en nuestra propia carne las consecuencias de ese defecto, ¿Podemos, conscientes del hecho, proseguir la misma trayectoria? Para conocernos mejor y vigorizar la cooperación, hemos organizado este coloquio. Si en el transcurso del mismo nuestra aproximación mejora, ya habremos conseguido algo.

Comprendemos, dada la relación que existe entre los puntos del temario, que no es fácil examinar uno de ellos sin rozar los

otros de algún modo. Es más, resultará casi imposible analizarlos sin apoyarse a veces en elementos de política internacional; pero aunque estas divisiones sean a menudo arbitrarias, es indispensable limitar el campo para que la comprensión y la claridad puedan establecerse. Rogamos, pues, a todos que procuren ceñirse en cada instante al punto del orden del día en estudio, y que en sus intervenciones procuren ser lacónicos y precisos. Pidiéndoles, en fin, perdón por estas advertencias, pasamos al análisis del primer punto.

Una opinión del Interior

Se lee en primer término la opinión que, sobre este punto, ha sido enviada por un corresponsal del Interior.

Se suele caer —dice— en la falta de objetividad al analizar las cosas de acuerdo con nuestros deseos, es decir, desde un ángulo de esperanzas idealizadas, olvidándonos de la realidad y despreciando los valores nuevos que han ido creándose a pesar nuestro. Parece, pues, que nos empeñamos en negar los años que transcurrieron y quisiéramos borrarlos con el repudio hacia aquellos que levantaron el sable contra la dignidad de España.

Negligimos también a menudo el juego que el franquismo hace al Partido Comunista, no sólo polarizando toda la oposición bajo el signo del comunismo, sino hablando del progreso ruso con ironías que no sirven sino para valorizarlo. El Partido Comunista tiene en cambio fuerza y economía apreciables, y sus *sputniks* y otros hechos van creando una mística admirativa...

Igualmente se olvida que los demócratas cristianos vienen realizando una labor constante y quieren alzarse como los liberadores del despotismo, y, aunque no encuentran mucho favor en los estratos populares, van medrando por la apatía de las fuerzas tradicionalmente reivindicativas.

Consideremos, por otra parte, que en España ha crecido una generación al socaire del terror y del cinismo, sin otro ejemplo que el de la corrupción constantemente exhibida por los gobernantes. Esa generación no ha tenido más horizonte que el de los Di Stéfano y Kubala, y su filosofía dominante consiste en «procura vivir bien y no te ocupes de los demás». Tal egoísmo — hijo del temor — es un lastre difícil de arrancar. Sin embargo, todo el mundo está ansioso de un cambio. La mayoría de los españoles desearía ver a los grupos clásicos unidos y dispuestos a emprender una acción común; porque la división y los cabildeos oscuros es lo que más disgusta, tanto a los viejos que viven aún de recuerdos, como a los jóvenes inquietos, que sólo conocen el pasado de un modo romántico. Ahora bien; la simpatía hacia lo desconocido, como rechazo de lo que se ha hecho odioso, ofrece sus peligros, pues lo mismo puede inclinarse la balanza hacia el aplauso de doctrinas totalitarias que hacia la aceptación de una monarquía de escaso contenido liberal, por el simple deseo de evadirse del franquismo.

No puedo hacer ahora un análisis exhaustivo de la situación,

pero querría recordar a quienes participen en esa esperanzadora mesa redonda, que mientras no haya unidad sincera y generosa en las agrupaciones populares, no se podrá contar con la confianza decidida del pueblo. De nada servirán los estudios políticos y económicos de la situación, si los responsables de las agrupaciones y partidos no saben crear el frente compacto que los españoles esperan para ponerse en marcha.

Juan Sauret

No sería indicado que yo rectificara el plan de estudio que se nos ha propuesto, pero si estos coloquios deben resumirse en discursos sobre lo que cada uno sabe, sobre lo que su partido u organización propone, y luego se repiten sus conclusiones, no se hará nada. A mi modo de ver, tendría más importancia no hablar de acuerdos orgánicos, porque en esto discreparíamos. Cada entidad tiene su solución particular para la situación política y social de España, y nosotros deberíamos ser un poco audaces para afrontar los conflictos que existen entre nosotros. Porque la unidad todos la queremos, pero es evidente que, cuando no se realiza, es porque hay algo que no lo permite.

El amigo del Interior que nos ha escrito, alude, por ejemplo, a la influencia de los comunistas. ¿Es que hay tal problema? ¿Qué pensamos, pues, nosotros respecto de la colaboración de los comunistas en una alianza antifascista? Dejando de lado lo que representamos o lo que opine nuestro partido, podríamos, en voz alta, decir lo que pensamos nosotros de la actual política del Partido Comunista en España, de modo que si la consideramos bien, digamos bien y si la consideramos mal, digamos mal. Pero aun así, sería más importante examinar si debemos o no debemos contar con el Partido Comunista. Porque aunque digamos que los comunistas tienen que continuar al margen de la familia antifranquista, la realidad, quiérase o no, es que en el Interior nos los encontramos a cada paso.

Algunos de los jóvenes que han intervenido en la Resistencia nos dicen a nosotros —que hemos pasado veinte años en el destierro— que somos rojos y separatistas. Otros jóvenes —y éste es el drama de la nueva generación— nos acusan de que somos poco rojos, simplemente porque discrepamos de los comunistas. Este es un problema. ¿Qué hemos de responder nosotros a esos jóvenes?

Por otra parte, el amigo del Interior se refiere a la democracia cristiana. Hay quien pretende que los demócratas cristianos constituyen un movimiento incondicional del Vaticano. Yo creo que en eso hay parte de imaginación. No todos pensamos lo mismo. Al Vaticano puede interesarle que se adelanten demócratas cristianos para cubrirse el ala el día que las cosas vayan mal. Pero es evidente que hay elementos demócratas cristianos que actúan con sinceridad en antifranquismo y en liberalismo. Luego ahí tenemos otro problema.

En cuanto a la unidad antifranquista, no hemos determinado nunca una táctica precisa para poner en marcha un verdadero movimiento de oposición. Yo creo que hay más bien dos tácticas posibles: la primera, frecuentemente solicitada del Interior, consistiría en que el Interior mismo se encargara de echar a Franco, ante cuya eventualidad no cabrían de nuestra parte muchas exigencias, sino limitarnos a las garantías que requiera la liberación y las que hubieran de darse a las cancillerías. Porque éstas, no hay que olvidarlo, dicen: y después de Franco ¿qué?... Ya sé que la cuestión no nos gusta, porque nosotros tenemos nuestros principios y nuestras tácticas, pero si tratamos de resolver verdaderamente los problemas inmediatos, también tenemos que declararnos en este aspecto.

La segunda de las tácticas posibles, es la del exilio: republicanos, socialistas y libertarios pueden pronunciarse por un movimiento revolucionario, sin tener para nada en cuenta a los del Interior. En este caso la cosa es muy sencilla: ponemos ahí una bandera o todas nuestras banderas con todas nuestras reivindicaciones, es decir, la República, el Estatuto, la Reforma Agraria, Colectividades, etc. Pero tenemos que discutir francamente si eso es suficiente para producir el derrocamiento de Franco.

Tal vez exista una tercera táctica posible, que es la que el exilio, creo yo, debía poner en marcha. Nosotros, aparte de tener muchos más medios de contacto, tenemos ya cierta experiencia. Y si consideramos la situación de que nos habla el amigo del Interior y no desconsideramos la realidad internacional, podríamos establecer unas líneas programáticas de las izquierdas del exilio —entre las que cuento a los demócratas cristianos— que, sin extremismos, supusieran un compromiso con el Interior en torno al período provisional. Las izquierdas deben hablar al Interior y proponer la solución de sus problemas, pero no con un programa izquierdista, sino teniendo en cuenta las perspectivas de que os he hablado. Ahí tenemos, pues, otro asunto en el que seguramente discrepamos. Hablemos de estas discrepancias. Por mi parte, para el período provisional me limitaría a plantear un número muy reducido de cuestiones, sin pretender que resuman la solución total. Nosotros tendríamos que constituirnos en liquidadores del franquismo, y ahí está la garantía: ¿qué haremos con los sindicatos, las creaciones universitarias laborales, etc.? Sobre el problema económico en general y la reforma agraria, dentro del período provisional, hasta la consulta del pueblo, no creo que se puedan quemar las etapas. Es posible incluso que las cosas queden poco más o menos como están. Ya lo veremos. Desearía, pues, que los amigos presentes ofrezcan otras indicaciones sobre el particular.

Fernando Valera

El amigo Sauret ha hecho un análisis general que quizá sea conveniente y útil. Yo no voy a seguir la misma técnica y me

limitaré al análisis del primer punto, que comprende dos aspectos: el interior y el exterior o internacional del problema español. En el aspecto interior podría hacerse otra subdivisión: lo social y lo político.

Es evidente que asistimos a un desgaste del sistema falangista, no del franquismo. Este tiene dos características, una que podríamos llamar formal, aparente o transitoria: el falangismo, y otra mucho más permanente y profunda, que es anterior al falangismo: la supervivencia de la estructura semifeudal de España. Está desgastado el falangismo, ya completamente en descrédito, pero la estructura semifeudal tiene todavía muy sólidas raíces.

El aumento de la población en el país es más rápido que el aumento de la producción, lo cual constituye uno de los problemas más graves que tiene planteados España. Así como los índices demográficos han logrado recobrar el nivel que tenían antes de nuestra guerra, hay determinados sectores de la producción en los que no se ha alcanzado todavía el nivel de la época republicana: ejemplo, la producción de cereales. Este desequilibrio tiene que producir forzosamente un conflicto, porque la estructura social en que se basa la economía franquista es incapaz de asegurar un nivel progresivo de vida a la población, que se incrementa constantemente.

Una de las válvulas de seguridad que ha encontrado el sistema semifeudal consiste en facilitar la exportación del excedente de población. No es la primera vez que esto se ha practicado en España. Ustedes saben que Galicia sola, exportaba en el siglo XIX cerca de cien mil emigrantes anuales. La exportación de la mano de obra tiene, desde el punto de vista de la economía nacional, un terrible inconveniente, que es el de impedir el enriquecimiento del país; es —como decía Joaquín Costa— el peor de los negocios que puede hacer una nación. Calcúlese que producir un hombre, como máquina de trabajo, puede necesitar 20 ó 25 años, y, en un país tan pobre como el nuestro, cuesta alrededor de cinco mil dólares. Si cuando este hombre llega a ser un ingeniero, un obrero especializado, o simplemente un peón, el único recurso del país es expulsarlo, eso equivale a tirar por la ventana cinco mil dólares. Aparte de lo que representa esa suma multiplicada por el número de emigrantes, el sistema semifeudal condena a la nación al perder los elementos capaces de sacarla de la miseria, es decir, sus máquinas de trabajo, sus obreros.

La estructura semifeudal se hundiría fatalmente, como consecuencia del desequilibrio mencionado, si no hubiera recurrido a esa solución en que está colaborando vergonzosamente Europa, o sea la explotación organizada de la mano de obra esclava. El ministro de Comercio ha dicho el año pasado que España necesita exportar de 150 a 170.000 obreros. Estos salen, pues, por una temporada determinada de trabajo, mantienen a las familias y luego traen en divisas nacionales los jornales acumulados con gran sacrificio durante su estancia en el extranjero. He ahí cómo el franquismo ha encontrado su sostén más eficaz.

El régimen actual de la explotación de la tierra sólo puede mantener un coeficiente determinado de población, y en cuanto se saliese de él se desmoronaría. Yo creo que es preciso orientar la evolución del sistema económico y social del país hacia nuevas estructuras, mediante una reforma agraria, una industrialización y otras cosas de que hablaremos si llega la ocasión. Es también posible acabar con la estructura semifeudal mediante la adopción de medidas revolucionarias, aunque yo no creo que, por el momento —puede ser que esté equivocado— exista alternativa revolucionaria. De todos modos, la cuestión está en encontrar los estímulos necesarios para producir un movimiento nacional en que coincidan todas las fuerzas progresivas, pero ya nos ocuparemos de eso al llegar al examen del tercer punto.

Decía el señor Sauret que hay dos factores muy diferentes de cuando estábamos nosotros en España. Uno de esos factores es el comunismo. Evidentemente existe hoy en el país una fuerza comunista, una mística comunista, en gran parte producto de la desesperación, con la que hay que contar. Yo mismo, hace diez años realicé unas estadísticas que, por mi condición de hombre liberal, me produjeron pesadillas. Pero además del comunismo, existe otro elemento nuevo: la democracia cristiana. Por más que yo considere un gran error de la Iglesia el lanzamiento de ese movimiento político, la realidad es que ha tomado arraigo. Para ciertos intereses y clases sociales de Europa, la democracia cristiana habrá parecido un bien; para los intereses estrictamente religiosos ha sido un gravísimo mal que en su día los hombres que dirigen la Iglesia tendrán ocasión de comprobarlo. Pero es un hecho actual y no cabe negarlo.

Respecto a la realidad exterior, creo que también hay novedades y tenemos la obligación de examinarlas. En los últimos tiempos de Eisenhower, los servicios administrativos norteamericanos habían planteado al Departamento de Estado y al propio presidente, la necesidad de que se buscasen contactos con los movimientos de oposición a Franco, con objeto de poder influir en la sucesión inevitable... Si la experiencia no nos aconsejara cierta prudencia, cabría afirmar ya que la actual administración norteamericana, presidida por Kennedy, será mucho más propicia que la anterior a la democracia española y mucho menos favorable a la dictadura franquista. Bastará recordar que en el congreso demócrata en que fue designado candidato Kennedy, el presidente declaró que la administración de Eisenhower había cortejado a los tiranos como si fueran amigos de la libertad, y precisó: «ha abrazado en España al fascista Franco», frase que el congreso rubricó con una gran ovación. La misma declaración de Kennedy, sin aludir a problemas concretos, es también exponente de la doctrina constante de los partidos republicanos españoles: «ningún gobierno puede llamarse independiente cuando el pueblo carece de libertad». Por otra parte, el nuevo secretario de Estado, en su declaración del 12 de diciembre de 1960, dijo: «Nuestra política exterior no será ciegamente anticomunista, sino que, en primer término, será una política de libertad.» El 20 de febre-

ro pasado, contestando a la comisión de Asuntos Exteriores del Senado, el mismo secretario señaló: «Nuestra asociación debe fundarse en algo más que en la comunidad del miedo.» Verdad es que también Eisenhower, en sus informes como jefe supremo de la SHAPE había expuesto ideas parecidas, para terminar, como presidente, convirtiendo a la OTAN en esa simple comunidad del miedo sin moral y sin principios, es decir, sin razón de existencia. En cuanto a Stevenson, no necesita ser subrayada su significación liberal, por haber sido él el portavoz de la política norteamericana en diversas sesiones de las Naciones Unidas en las que se acordó de la condena de Franco. Citaremos, sin embargo, su contestación a la encuesta de la comisión del Senado, que puede resumirse así: «No se trata de las Naciones Unidas que es donde se trabaja, de la reacción defensiva frente a las iniciativas soviéticas, sino que se trata en primer lugar de ganarles la delantera en sus grandes propósitos con una acción afirmativa para desterrar la pobreza, la ignorancia y la tiranía.»

Estos son, pues, los elementos nuevos que permiten abrigar cierta esperanza de que se está en una nueva vía, y por lo tanto cabe tenerlo en cuenta en el análisis de las perspectivas del problema español. Hay la posibilidad de una política internacional diferente a la que hasta ahora se había seguido en el mundo occidental, y como consecuencia también en el mundo oriental.

Juan Bernat

La intervención del Sr. Sauret ha tenido al menos la virtud de iniciar de una manera cálida este coloquio. A mi juicio, el análisis de la situación española no nos podrá llevar mucho tiempo, porque, quién más, quién menos, estamos casi todos al corriente de la situación política y económica de nuestro país.

¿Cuáles han sido —me permito preguntar— los frutos de nuestra actividad? Si se quiere hacer el análisis de las cosas de España, es preciso encadenarlo a estos años de actividad, no ya sólo en el Interior, sino también en el exilio. Hemos venido aquí para hablar claro, y yo, por lo menos, me he propuesto ser sincero conmigo mismo y serlo con vosotros: la realidad es que no hay fuerzas positivamente izquierdistas en España. Habrá grupos, grupúsculos; fuerzas, en el sentido físico de la palabra, no las hay.

¿Cuál ha sido nuestra contribución para estimular la creación de esas fuerzas? La contribución del exilio me parece que ha sido muy escasa, sobre todo en hechos prácticos, no en postulados ni en generosidad. Pero vivimos en un mundo brutal, y los postulados, si no cristalizan en actos —digámoslo también claramente—, en actos de fuerza, no representan nada. Al aludir a la fuerza está lejos de mi mente pensar en el plástico o los petardos; hay fuerzas que pueden ser determinantes, social y políticamente, sin necesidad de recurrir a los explosivos. Nuestra eficacia —repito— no ha sido lo que debiera.

El Sr. Valera ha estado muy acertado en su análisis de lo que representa la emigración de los trabajadores para la economía franquista; pero a mí, por el momento, el problema económico no me preocupa tanto como el político. El problema económico va a ser el nudo gordiano de España, en su situación futura, de modo que sea cual fuere el gobierno que rija los destinos nacionales, tendrá que apechugar con una serie de dificultades inmensas —de orden técnico, de formación, de estructura—, que yo no sé si podríamos afrontar aquí su estudio con éxito dada la limitación del tiempo. Centraré, pues, mi análisis en el aspecto digamos político o social.

En España existe un miedo cerval a la lucha. Nadie quiere —y en cierto modo se comprende— luchar. Son antifranquistas todos, pero es muy difícil reunir una fuerza coordinada, cohesionada. No asistimos todavía a ese impulso natural de los estratos populares, que se levantan —como demuestra la historia— sin saber por qué contra el régimen que les oprime... En España —insisto— no se manifiesta aún ese despertar. Pero, ¿es posible, después de los años de guerra, exigir a los españoles del Interior ese espíritu espartano? ¿No era más lógico haberlo exigido de nosotros, los que salimos de España? Era más lógico por dos razones: primera, porque teníamos los medios económicos —pocos, pero algunos teníamos—; segunda, porque como se ha dicho ya, debíamos tener mejor conocimiento de las perspectivas políticas que los amigos que quedaron encerrados en España.

Yo invito, pues, a todos los presentes a que respondan con sinceridad a esta cuestión: ¿Hemos hecho cuanto podíamos para promover en España la creación de una fuerza coherente? En mi opinión no se ha hecho, y me reservaré, claro está, para el examen del tercer punto el decir cómo es posible enmendar —si hay enmienda todavía— una situación a todas luces deplorable. Así, en cuanto concierne al primer punto, me limitaré a añadir que el régimen franquista se siente fortalecido porque no hemos sabido crear frente a él una resistencia seria, una fuerza uniforme. La miseria y las penalidades alientan el descontento, y la aparición en la escena de elementos intelectuales y universitarios denota que se está forjando una fuerza liberal nueva, pero todo eso es de poca importancia ante el problema capital, y al cual tendremos que llegar como corolario del coloquio, que es el de crear el instrumento de combate. Esperemos, pues, el tercer punto para analizar entonces por qué España no posee hoy fuerzas políticamente organizadas, y si acaso no es el exilio el principal responsable de ello.

Bustelo

Para analizar el presente social de España nos veríamos obligados a hacer un estudio económico. Yo creo que no es éste el objetivo del coloquio, y no se puede hacer principalmente por la

limitación del tiempo. Sin embargo, sería interesante que el exilio examinara la realidad económica de la España actual, la realidad económica del franquismo. A este respecto, me place indicar que se acaba de publicar un libro en España titulado «Estructuración Económica», de Ramón Paranes, que me parece muy objetivo y competente, y con él se podrían aclarar algunas de las cosas que aquí se han planteado. No es suficiente citar hechos aislados, sino que hay que analizar el porqué de esos hechos en un plano más concreto y sin mezclar las cuestiones.

Creo más bien que el objetivo de esta reunión es examinar el presente político. Ahora bien; aquí tropezamos con un problema, y es que en España no existe presente político. El franquismo constituye una fuerza política totalitaria, única, y resulta difícil analizar el presente político como realidad histórica. Por lo tanto, si quisiéramos hablar de franquismo, nos veríamos obligados a hacerlo en función del antifranquismo, y, en consecuencia, este primer punto nos llevaría a discutir el antifranquismo. Pero el antifranquismo —las fuerzas políticas exiladas y no exiladas— tampoco tiene realidad en el país como fuerza potencial. De ahí que lo que habría que discutir estrictamente son las posibilidades que existen en el presente político y social.

Considero que hay un hecho fundamental del que tenemos que partir, y es que sólo en el momento en que desaparezca el régimen de Franco podrá haber una perspectiva real, un desarrollo político en España. Examinemos, pues, el momento actual en función de esa finalidad: acabar con el régimen para poder comenzar en España una vida política normal. Lo esencial, a mi juicio, reside en estudiar cómo se puede crear el instrumento para llegar a eso que yo llamaría «punto cero».

¿Qué podemos hacer o qué se puede hacer para derrocar el régimen franquista? Hay una serie de cuestiones negativas que no son útiles para el análisis. Hablar de climas, programas o pactos no conduce a nada. Esos climas, programas o pactos pueden producir una coincidencia o representar un compromiso para el futuro, pero no crean por sí mismos el instrumento. También es negativo hablar de la situación internacional, puesto que el instrumento para derribar la dictadura o acelerar su desaparición no puede crearse en función del apoyo internacional. Tal vez coincidiéramos todos en creer que Kennedy no ve con simpatía el régimen franquista, pero, a mi juicio, es imposible, en la coyuntura presente, que los norteamericanos se desliguen de la dictadura franquista. El Departamento de Estado ha publicado recientemente un Libro Blanco sobre Cuba; si hiciese lo mismo sobre España y si concediese a los elementos antifranquistas el cinco por ciento solamente de lo que destina a la oposición antifidelista, entonces podría hablarse del apoyo internacional como colaboración importante para crear ese instrumento. Pero eso no puede ocurrir. Otra cuestión que creo negativa es hablar de la posición del exilio y la del Interior, de sus diferentes posturas. En realidad, aparte de las diferencias ambientales, las fuerzas antifranquistas tienen en común eso: quieren acabar con el

régimen. Igualmente, creo, es negativo hablar ahora de las finalidades políticas de las diversas fuerzas, porque esto, aun siendo interesante, supera el marco del análisis del presente político, que, a mi juicio, está determinado por la necesidad de llegar al punto cero. Las distintas posturas políticas podrían tener su importancia en el país, no cabe duda, a partir de este punto cero, pero ¿qué más nos da que una fuerza política se incline por la línea evolutiva o por la reforma agraria, si esto no tiene la mínima posibilidad de influir en el presente económico?

La cuestión fundamental, en la que yo, personalmente, insisto es la siguiente: ¿por qué en España no existe o no se crea, o no tienen éxito los intentos de crear un instrumento para acabar con el régimen o para acelerar su final? El orador que me ha precedido ha planteado de manera objetiva este problema. La creación del instrumento no es cuestión de ideología o de representación. Muchas veces, hablando con elementos políticos españoles, he encontrado una opinión difundida: en España la gente no se mueve, sobre todo porque no tiene una visión clara de lo que es el franquismo. Creo que es lo cierto. También muchas veces yo mismo me he preguntado por qué el Partido Comunista, que trabaja y dispone de muchos medios en el Interior, no tiene éxito. Me parece que no es a causa de su doctrina totalitaria, sino porque las circunstancias puramente materiales del país lo impiden. Del mismo modo he examinado la propaganda comunista y me he preguntado por qué su periódico destinado a los campesinos, que es bastante superficial, encuentra tan poca audiencia. A mi juicio el campesino español no tiene problema frente al franquismo. Gran parte de estos campesinos reciben salarios infravitales, de modo que, para ellos, es solamente su situación física la que les puede alzar contra la situación inmediata. A mi juicio, al campesino le es indiferente que llegue el Partido Comunista o la democracia cristiana y le plantee el problema de hacer política. Creo en cambio que el campesino tiene conciencia de la situación, pero hay una serie de hechos que le impiden comprometerse o actuar más activamente.

Después de la guerra civil, hasta 1950 ó 1952, los partidos y organizaciones del exilio mantuvieron una oposición coherente, y, aunque la dirección de esas fuerzas se encontraba en el exterior, se desarrollaba la lucha armada incluso en las montañas. Ahora bien; esa lucha se fijaba en la esperanza de un cambio de la política internacional. Al no ocurrir este hecho, la oposición organizada fue reduciéndose. Hay un índice revelador de esa situación: el número de presos políticos, no en función de la guerra, sino detenidos posteriormente por su actuación clandestina: en 1950 ó 1952 había, si no me equivoco, entre 10.000 y 20.000 detenidos; en estos momentos no hay apenas 2.000.

Por otra parte, los grupos de jóvenes que han surgido luego son incapaces para crear por su propio impulso el instrumento de lucha. La vez que ha estado el régimen más cerca de su derribamiento fue en febrero de 1956, cuando la petición de un congreso nacional de estudiantes, al margen de las estructuras

oficiales, produjo el asalto de la Universidad Central por los elementos falangistas y provocó una crisis de gobierno. Ese congreso surgió un poco espontáneamente, y todos los intentos que se han hecho luego en la Universidad para repetir esos sucesos, han fracasado, tal vez e incluso contando con estructuras políticas más organizadas.

Hay, en fin, otro problema que ya se ha planteado aquí, y es que, para la creación de ese instrumento, el exilio constituye una fuerza negativa. Su dirección, precisamente por encontrarse en el exterior, se satisface con mantener unas estructuras lejos del país y se limita a hacer labor de política internacional.

Antonio Gardó

Los que tenemos la costumbre de recibir a gentes que vienen de España, unos como antifranquistas, otros por simples motivos de trabajo, pensamos que no han pasado veinte años, sino que existe un siglo de diferencia entre sus ideas y las nuestras. De ahí que debamos ser muy prudentes en nuestras apreciaciones. Hay que tener en cuenta el estado psicológico del que se quedó en España, de esos 29 millones en que, más que el agobio político, económico y social de estos últimos años, han influido las continuas decepciones. De otra parte, nosotros, en el extranjero, con el mismo espíritu del 39 y quizá extranjerizada nuestra psicología política y social, no podemos ser comprendidos hoy por muchos de los compatriotas del Interior.

La gran esperanza de 1945 no se cumplió. El español del Interior, el que mantenía la lucha en los montes se sintió abandonado, traicionado. Recuerdo los días de la liberación francesa, en que, con grandes posibilidades de acción militar en España, los Estados Mayores inglés y norteamericano determinaron el alejamiento de los españoles de la frontera. Yo tuve entonces una conversación con cierta autoridad de Montpellier, que, después de haberme prometido armas para entrar en España, me dijo inopinadamente que habían cambiado las cosas, que se había terminado todo en virtud de órdenes superiores. A esa gran decepción siguió la de las elecciones inglesas en 1945, que se hicieron bajo el signo de la lucha contra Franco. Luego vino la condena teórica de Franco por las Naciones Unidas, que no sirvió sino para exacerbar el patriotismo español y que el régimen lograra estabilizar su situación.

En el período difícil en que surgió el Plan Marshall, un antiguo presidente del Consejo de ministros decía: «aplicadlo a España y veréis qué pronto cae la dictadura; si descartais a España reaparecerán las juntas patrióticas y Franco asegurará su continuidad.» Un Don Quijote completamente distinto del clásico apareció en el tablado para decir: «España contra todo el mundo», y, en efecto, la dictadura se vio respaldada.

Si analizamos el problema del español desde el punto de vista psicológico, nos encontramos con una gran diferencia de si-

tuaciones. Los hay que se extrañan de que muchos de nosotros continuemos siendo refugiados, y dicen: «si me dan a mí la posibilidad de hacerme francés, me lo haré sin ningún reparo.» Afortunadamente, esa mentalidad no es general. Al contrario, se conserva en cierto modo la confianza hacia los refugiados y lo que representa el exilio. Pero, ¿hemos sabido nosotros responder a esa confianza? Yo creo que no, yo creo que tenemos nuestra parte de responsabilidad en la decepción del español, decepción que no es nueva, pues desde 1808 el español ha estado luchando, sacrificándolo todo sin saber por qué ni para qué.

El alejamiento de los que salen de España únicamente por motivos materiales es una realidad, pero no debe sorprendernos si tenemos en cuenta el ambiente de mediocridad que el régimen ha creado en el país. Esa mediocridad se advierte incluso a través de protestas expresadas contra el monopolio clerical de la enseñanza, pues, a pesar de todas las justificaciones, señalan no querer discrepar de la política del Estado. De todos modos, incurriríamos en exageración al decir que los españoles en general tienen miedo a la lucha. No hay, en el fondo, tal miedo; si no se mueve el español es porque no le faltan —repito— motivos para no moverse. Nosotros mismos hemos tenido ocasiones magníficas para hacer valer nuestra contribución de sangre en el «maquis» francés y en los ejércitos aliados. Naciones con menos muertos que nosotros en los campos de batalla han podido reivindicar el derecho a terminar con la dictadura en su país.

Se ha hablado antes de la exportación de la mano de obra organizada por el gobierno. Es otra realidad. Cada obrero que sale de España da su fruto al Estado, que no sólo se economiza los puntos de subsidio familiar o las indemnizaciones de paro, sino que negocia escandalosamente con el dinero que ganan en el extranjero esos obreros. Pero, a pesar de todo, la economía franquista no ha resuelto ninguno de los problemas endémicos de España. De ahí la progresión del descontento, que no espera sino la ocasión de manifestarse resueltamente contra el régimen. No confundamos, en fin, la prudencia con el miedo, porque eso sería tanto como renunciar por completo a la resurrección de España. Si sólo los pocos que estamos en el extranjero pudiéramos hacer un acto de fuerza, creo que tendríamos franquismo para rato.

Francisco Pérez

Bustelo ha puesto el dedo en la llaga al señalar la carencia de un instrumento que pudiera canalizar el clima de oposición que necesita España. No creo que un análisis de la situación económica española pudiera inducir a crear una especie de fuerza que sirviera de base a ese instrumento. La historia moderna apoya este criterio: diversos países se han encontrado durante años y años sometidos a la miseria, y, sin embargo, la miseria no ha producido el estallido revolucionario. En esos mismos países, en

un momento dado, en una circunstancia dada, unos hombres determinados han logrado canalizar la oposición y derribar los sistemas de opresión.

¿Por qué? Yo creo que esto nos lleva a analizar el problema político y social. Bustelo se ha referido al Partido Comunista y a su fracaso en el intento de canalizar la oposición. A mi juicio, si el Partido Comunista, a pesar de todos sus medios y a pesar de basar precisamente su propaganda en las contradicciones económicas del país, no ha logrado su objetivo, es debido a la insuficiencia de su análisis en cuanto concierne a la política social actual de España. Hablando, por ejemplo, del fracaso de la huelga de reconciliación nacional, yo, que estuve este verano en España, he podido convencerme hasta qué punto es imposible mover a las gentes con semejantes consignas. El ambiente real no es ése. Permítaseme, pues, expresar mi extrañeza ante el hecho de que la palabra revolución no haya sido pronunciada por ninguno de los presentes.

¿Antifranquismo? De acuerdo; pero, ¿en función de qué? ¿En función de qué premisas? Ahí está el problema. Analizar la situación española y el fracaso de la oposición al régimen en función de un corte de la frontera, en función de unos subsidios que debieron llegar, en función de un estado psicológico, es tanto como pedir la llegada del Espíritu Santo. Mao Tse Tung, en China, no llamó al Espíritu Santo; fue él quien se puso a la obra en frente de la línea oficial del Partido Comunista; Fidel Castro no llamó al Espíritu Santo y tuvo incluso la oposición del Partido Comunista. Podría citar otros ejemplos parecidos.

Bustelo se ha referido también a la baja de la clandestinidad fundándose en el menor número de presos. Esto nos obliga a examinar por qué la gente no quiere entrar ya en la acción clandestina. Y la verdad es que, cuando se habla a la gente de la clandestinidad, cuando se le habla de un ciclostil, no lo concibe. Los que verdaderamente sienten el problema desean comprometerse por algo más importante. Me parece, pues, que no se pueden presentar soluciones de tipo evolutivo, pues el régimen es lo suficientemente fuerte para maniobrar en cuanto le dé la gana y permitir lo que le dé la gana. Si la clandestinidad, en sus consecuencias, ha bajado, es porque el régimen se siente tranquilo y deja hacer a ciertos elementos, que, a pesar de estar en contra suya, no representan sino la única salida que al propio régimen interesa. Hablamos de ciertos elementos o ciertos grupos de la democracia cristiana, ligados al régimen por una serie de intereses creados a través de los veinte años de dictadura. Cuando a los auténticos adversarios se les proponen colaboraciones de ese tipo dentro de la clandestinidad alzan los hombros.

El problema político y social hoy día se debe plantear en función de una acción revolucionaria. A través de esta acción se podrían canalizar muchísimas voluntades, que ahora son pasivas y no quieren intervenir en la clandestinidad por las razones expuestas. Y creo que este análisis del problema político y social español, se debía hacer en función de una acción arries-

gada, en función de una presencia revolucionaria en España. Sin eso no se pueden dar las condiciones que permitan canalizar el clima revolucionario en el Interior y que es producto de las contradicciones económicas del país. El problema —repito— es presentarse en España y efectuar una acción constante, puramente clandestina y al mismo tiempo de cierta resonancia. No hay que tener miedo a los riesgos. Nosotros, como jóvenes, no conocemos, por ahora, el miedo. Tal vez lo tengamos que conocer mañana. De todos modos, no esperemos conciliábulo de cancillerías, no esperemos subsidios del exterior, no esperemos que venga el Espíritu Santo a darnos lo que nosotros no seamos capaces de conquistar. Actuemos, hagamos todo lo posible para resolver las contradicciones que hasta ahora nos han impedido unirnos y creo que podremos solucionar los problemas.

Manuel Fabra

Me parece que entramos en vías de solución, o al menos en vías de comprensión de esta parte del problema. Hemos oído hablar ahora a un joven de revolución, y parece que esto va despertando cierto interés.

Se ha mencionado la existencia en el Interior de distintas tendencias políticas, la aparición en los medios universitarios e intelectuales de una nueva fuerza de oposición, el creciente descontento de los medios obreros. Yo creo que el análisis de este punto debe converger precisamente en la posibilidad de aglutinar esfuerzos, en ver la forma de agrupar las voluntades mediante un mínimo de coincidencias, ya sea con propósitos revolucionarios o de otra especie. Lo esencial es dar efectividad a los múltiples anhelos y acometer las tareas que exige el momento.

Nos hemos quedado cortos al hablar de estas cosas y quizá hayamos ido demasiado lejos al hablar de otras. Claro que, no sé hasta qué punto sería posible señalar el límite de las actividades a desarrollar en el interior de España, ni tampoco cómo cabría hacer compatibles el modo de actuación —pongamos por caso— de los socialdemócratas con el de los pseudocomunistas —e incluso comunistas— y el de los anarquistas para agitar un poco el problema. Porque si hay posibilidad de realizar en el Interior una acción revolucionaria, convendría intentarla; si no se puede canalizar esta acción, tengamos por lo menos en cuenta la oposición existente y veamos de analizar la cuestión para poder coordinar los propósitos generales con el fermento real que se manifiesta, que es innegable.

Ya veremos, pues, en el tercer punto si, partiendo de lo que tenemos a la mano, de lo que son nuestras energías en España —y fuera de España— se puede trazar un plan de trabajo eficaz. Hablar de revolución o de programas futuros, me parece prematuro ahora. Hagámoslo en el momento oportuno y conformémosnos ahora con apreciar los diferentes matices y no descuidar las posibilidades a nuestro alcance, las que tenemos en el exilio, que no son pocas.

F. Gómez Peláez

En cierto modo he de manifestarme de acuerdo con lo que ha dicho Fabra, pero estimo que, para llegar a esas conclusiones, conviene discutir un poco algunas de las opiniones que se vierten aquí. Naturalmente que el punto primero, en la forma en que está redactado, se presta a distintas interpretaciones, y se podría creer que este coloquio iba a trazar todo un programa de reestructura económica y política del país. Limitándonos a lo más preciso e inmediato, que es la situación actual, ya distintas de las opiniones aquí vertidas han dejado el problema agotado. Se ha demostrado, de una parte, que la situación económica de España se agrava pese al plan de reconversión, se ha demostrado que el régimen, lejos de interesar al pueblo en sus demagógicas empresas, ha favorecido el descontento general. Todo ello contribuye a la formación de un ambiente con posibilidades —acaso mejores que nunca— de dar al traste con la dictadura.

Ahora bien; al escuchar la intervención de uno de estos jóvenes, me parecía que yo mismo estaba repitiendo lo que decía el año 45. A mí no me han decepcionado las cancillerías, porque nunca pensé que esos conciliábulo podían favorecer, de buenas a primeras, la solución de nuestro problema. Preconizaba, al contrario, la acción directa, convencido, de una parte, de que era el único modo de presión cerca de las propias cancillerías e imaginando, por otra parte, que España vivía en un ambiente real de revolución. Pero al cabo de quince años, he llegado a comprender —y esta es mi decepción— que tal clima no existe. Existe, cierto es, un gran descontento, y nuestro mérito consistiría en saber aprovecharlo para provocar la caída de Franco.

Algún ha dicho que las dictaduras mantienen el silencio hasta la víspera de su derrumbamiento, y resulta que, de golpe y porrazo, todo el mundo está contra ella. Lo mismo puede ocurrir en España. Pero eso no supone que haya un clima verdadero de revolución. No; en España, como decía mi amigo Bernat, y tiene mucha razón, existe miedo, miedo a la revolución y miedo a la repetición de la guerra civil. Esto es una realidad que parece mentira que algunos de los que han llegado de España después que nosotros, traten de desfigurar. Sorprende, además, porque en el contacto con los recién llegados, en general no se manifiestan esas posiciones. Diré incluso que resulta difícil hacerse una composición de lugar a base de las opiniones de los nuevos emigrados, pues aun los que parecen mostrar cierto interés por la revolución —que son muy pocos— no se han enterado de que, a lo largo de estos años, el franquismo ha asesinado alevosamente a un centenar de compañeros nuestros, auténticos combatientes que cruzaron clandestinamente la frontera para despertar las conciencias y fomentar la rebelión nacional.

En realidad, como he dicho antes, existe descontento y depende de su encauzamiento el poder terminar con la dictadura.

Esto no significa que la solución esté en la creación de un organismo cuyo solo objetivo consistiera en hacer la revolución. Yo lo desearía, pero temo que no sirviera sino para producir nuevos desengaños. Lo temo porque, en España, a pesar de todo, no se dan las mismas condiciones que se han dado en China y Cuba, o se podrían dar mañana en Argelia, porque los problemas son distintos, absolutamente distintos.

Cuando se pretende que las situaciones económicas conducen forzosamente al desencadenamiento de la revolución, lo único que se demuestra es el desconocimiento de la historia. Lo económico no influye en los cambios profundos sino de modo relativo. Precisamente en los años de dictadura hitleromussoliniana, las publicaciones comunistas nos atosigaban a diario con las dificultades económicas de Alemania e Italia, y anunciaban, como consecuencia de ellas, el hundimiento inmediato de sus regímenes. Sin embargo, ambos países superaron la crisis y llegaron, en plena pujanza, hasta el desencadenamiento de la segunda guerra mundial. En España, con la gran tragedia que ha vivido el país, y que sigue viviendo, el régimen tiene aún posibilidades de entretener a la población y de alargar su existencia sin que se produzca el desencadenamiento de la revolución.

De todas maneras, como militante obrero, creo, naturalmente, que la situación económica de nuestro pueblo puede ser uno de los factores que contribuya a la liquidación del franquismo. Añadiré que no debemos limitarnos a aprovechar ese descontento, sino que es imperioso estimularlo basándolo en las dificultades que en general atraviesa la clase trabajadora. Esa labor, coordinada con la agitación estudiantil y cuantas campañas de carácter concreto se planteen, proporcionaría mucho mejor resultado que los cabildos y las programatizaciones revolucionarias en abstracto.

Cuando se nos ha invitado aquí para exponer nuestra opinión sobre los problemas de España, se ha creído que debíamos explicarnos con la debida franqueza, sin intentar engañarnos con ilusiones en las que, en el fondo, es posible que nosotros mismos no creamos. Entendiendo, pues, que el descontento—que es lo real y se puede aprovechar— está incrementándose aun sin nuestra intervención, creo se impone por parte de las fuerzas antifascistas emigradas el decidir de una vez por todas la creación—si es posible— de un organismo responsable de la resistencia popular. Pero eso requiere también que las fuerzas nuevas que se manifiestan en España muestren interés, no en negar la existencia de esta emigración y de las fuerzas políticas y sindicales anteriores a la guerra civil, sino de luchar conjuntamente. Porque se está dando la impresión—y es lo más lamentable de esta experiencia— de que la nueva oposición interior se desliga del pasado, como si para ella el problema hubiera nacido en el año 60, o un poco más atrás, digamos en el 55. Se quiere ignorar la existencia de los viejos organismos, que, aun con sus desaciertos—y yo sé que no han sido pocos—, son los que han mantenido hasta aquí el espíritu antifranquista, no sólo en el destierro, sino en

España mismo. Sin su persistencia sería difícil imaginar mañana una oposición organizada o un indicio de conjunción en el sentido liberal. Lo único que puede nacer en España sin conexión con el pasado, es una nueva corriente totalitaria que nos encamine hacia el bolchevismo o, mejor dicho, el comunismo staliniano. Ese es el gran peligro. Me parece, pues, obligado llamar la atención sobre el error de ciertas posturas adoptadas en nombre del Interior, posturas que aún no hace mucho tiempo podían servir de presión para que acatáramos compromisos monárquicos y ahora resultan sorprendentemente revolucionarias. Sin oportunismos ni demagogias, tratemos de clarificar las posiciones y veamos la manera de que las fuerzas nuevas se entiendan con la emigración para fomentar una corriente de renovación o de progreso en sentido liberal, pues, de lo contrario, no creo que habrá posibilidades de hacer nada. Interesa, por último, que la emigración, comprendiendo que, al cabo de veinte años, está un poco desligada del Interior—e incluso desbordada por la evolución de los espíritus— procure por todos los medios estrechar el contacto con esas fuerzas nuevas para llegar a la unificación de la acción.

José Pallach

La discusión está agotada. Solamente quería hacer mención de una cosa que considero interesante, o sea que, actos de oposición, de mucha envergadura, ya los ha habido. Y es lástima que se olvide. Deberíamos, pues, pararnos un momento para ver lo que ha fallado y poder salir de esta situación, que se ha definido muy bien.

El estado económico de España es malo, pero no es el trampolín que levantará a las masas. Al contrario, y en esto debemos ser realistas. Se ha dicho claramente—y es muy importante— que en estos años, con haber sido durísimos, no ha habido reacción obrera de relieve en ninguno de los grandes centros industriales del país. Es absurdo no ver eso. No ha habido tampoco—y es absurdo no quererlo ver— reacciones de lucha, de combate. Nadie ha impedido esas reacciones, y dentro no se han producido. Ahora bien; si de la situación económica por ella misma no cabe esperar una explosión revolucionaria, pueden obtenerse actos enormes de descontento y de oposición. Ya he dicho que los ha habido. Citaré, por ejemplo, la primera gran huelga que hicieron los vascos, en una época verdaderamente difícil. Claro que, aquello—estoy convencido— fue una huelga organizada; pero también ha habido en Cataluña, repetidamente, actos importantísimos de oposición popular: la huelga de los tranvías, la huelga general, y hace exactamente tres años, una huelga metalúrgica en que cerca de 40.000 obreros pararon, jugándose lo que se jugaban.

¿A qué se debe que actos de protesta como éstos, que traducen el descontento popular, no hayan cristalizado? Se debe a que los

hombres están cansados. Es éste, me parece, un motivo de análisis político que debemos imponernos. A mi juicio no han cristalizado porque los grupos del Interior que debían encabezar la oposición están deshechos, están fatigadísimos. Se trata de gentes que han ido a la cárcel muchas veces, que no quieren y no pueden tomar la responsabilidad de la dirección. Es normal. Sin embargo, en el momento en que se mueve algo, corren a ver lo que pasa, se interesan por todo cuanto puede debilitar a la dictadura.

Así, pues, grupos de oposición, de izquierdas y de derechas, existen, pero están dominados, si no por el miedo— que es quizá exagerada la expresión—, por un deseo fundamental de salir de la situación sea como sea. Me parece grave error negarlo desde aquí. En el Interior —y los jóvenes no me desmentirán, aun cuando más desearía que pudieran desmentirme—, los viejos cuadros quieren salir de la situación lo antes posible, con lucha, si es necesario luchar, pero con una perspectiva clara de los problemas actuales. Es cierto que la dictadura económica del país es más importante que la política, es cierto que las fuerzas del ejército, la Iglesia y la alta Banca dominan el país, pero estas fuerzas no están completamente unidas. Parte de ellas, pensando en el porvenir, y pensando quizá en que dominarán mejor, quieren o intentan salir del atasco. ¿Cómo? Quieren establecer la monarquía tradicional, democrática y constitucional, que si no resuelve el problema, ofrece por lo menos a esas fuerzas de izquierda cansadas la posibilidad de salir de la cárcel o de la mala situación en que se encuentran.

Hoy la iniciativa política la tiene la oposición de derechas, y no faltan hombres de izquierdas que aceptan esta posición, no porque sean contrarrevolucionarios, sino porque quieren salir de la situación. Es indudable que hay un fascismo continuo, y creo que sus posibilidades de existencia no están agotadas. También hay parte de la Iglesia y del ejército, parte de la sociedad española que se lanzó a la guerra en pro de la monarquía y que, al margen del franquismo, quiere continuar luchando por una monarquía que no sea ni democrática ni constitucional. Esa es otra realidad.

Hace unos días tuve ocasión de hablar con unos amigos del Interior, y salió en la conversación el nombre de cierto pueblo que nos era conocido. Al preguntar quién era el alcalde, me dijeron que era un hombre interesante, porque se cuidaba del arreglo de las carreteras y cosas por el estilo. Quise saber si era franquista, y me contestaron que no, porque tenía unos treinta años y no había hecho la guerra. El caso es que el alcalde es del Opus Dei, pero tampoco sabían qué era eso, aun tratándose de una fuerza que ha creado en torno a la dictadura intereses enormes y realmente intenta consolidar el sistema. Esta es la situación. Y yo debo decir francamente que ante unas fuerzas de oposición como las nuestras, que no saben cómo salir de la situación, nuestro deber consiste en ayudarlas. Hay, además de las izquierdas, unas fuerzas de derecha descontentas del régimen, pero que no

quieren luchar —porque esperan mandar ellas— y prometen que abrirán perspectivas democráticas. Por otro lado hay las fuerzas del franquismo, que no es puramente la Falange, sino el Opus Dei, el equipo de Solís, que desean continuar a todo precio. Continuar es gran cosa en política. Y no es tan difícil continuar cuando hay coyunturas políticas favorables. Yo creo que estas coyunturas pueden transformarse, que el exilio puede jugar un gran papel, pero que, para jugarlo, tiene que ver tal y como es la situación.

López Campillo

Se ha dicho aquí que la economía española es semifeudal, que hay un retraso en el aumento de la renta nacional sobre el de la población, etc., etc. Sin embargo, el plan de estabilización ha marcado —los economistas lo saben mejor que nosotros— un paso irreversible en la política española; ha marcado —basta ver las estadísticas o los informes de la O.E.C.E.— una evolución que nos indica las posibilidades de un cambio total de la estructura económica. Los índices de crecimiento industrial no son tan elevados como en Francia, por ejemplo, pero significan un cuatro por ciento anual y representan un porcentaje muy elevado respecto a 1936. El plan de estabilización da primacía a la industria sobre el campo, y de ahí el hundimiento de las pequeñas industrias marginales.

Para acometer ese plan de estabilización ha sido preciso disminuir el consumo interior, y por eso se ha hecho salir de España a 80.000 obreros. La política actual del régimen tiende, económica y socialmente, a asegurar una continuidad al mismo régimen. Claro es, como hemos visto todos, el régimen en sí es bastante estable. Su fuerza reposa en un ejército y una policía que sirven a los intereses económicos. Lo mismo que la Iglesia. Son pilares de la estructura económica. Pues bien; el plan actual procura el saneamiento de la moneda salvando las industrias rentables para la competencia europea. Y lo está consiguiendo en parte. Hay que reconocer que se venden máquinas herramientas a Alemania, aunque no vayan a Alemania, sino a América del Sur.

Lo que preocupa, conseguida la disminución del consumo interior, es la continuidad del régimen de Franco. Porque Franco puede desaparecer, y aunque su desaparición nos privaría de nuestra razón de lucha, que es el franquismo, también es posible que originara una catástrofe en España... El propósito, pues, de dar continuidad al régimen es simple. Hace seis o siete años que el mismo Franco viene definiéndolo: la continuación del Movimiento Nacional será el Movimiento Nacional. Dirán que es perogrullada, pero es una realidad. Sin embargo, Franco, gastado, constituye hoy un obstáculo para ciertos intereses. Sin Franco, con un rey, la estructura económica puede seguir siendo la misma. Por eso la oposición moderada, que no es precisamente la democracia cristiana, sino más avanzada que ésta, preconiza —como

mostró el último juicio de los intelectuales— la restauración monárquica.

Yo creo que el régimen de recambio, sea el que fuere, se encargará de desarrollar el país conforme al plan de quince años elaborado por los Sindicatos, que implica retirar del campo español 1.300.000 personas y encontrar ocupación para 1.600.000 personas más; es decir, que hay que crear trabajo para más de 2.000.000 de personas, todo eso contando con que salgan de España cada año, y no vuelvan, 30.000 personas. El problema es gigantesco. La solución de él puede residir en un aporte de capitales extranjeros, que, como es normal, al contribuir a la industrialización del país, se reservarán una parte de sus beneficios.

Estoy de acuerdo en que las revoluciones no las hacen las situaciones económicas sólo; las revoluciones las hacen los hombres cuando toman conciencia de la situación. A mi modo de ver, pues, hay la posibilidad antes indicada, la del capital extranjero, o la de la inflación, que sería un desastre, o... iba a decir la revolución, pero parece que esto no es oportuno. Entonces estaremos condenados. ¿Cómo, de todos modos, puede resolverse el problema del campo, el de los seis millones de personas que sobran en el campo español porque no rinde lo suficiente para mantenerlos? El producto del trabajo de un hombre es lo que —en economía— vale un hombre. Pero, ¿cómo se convence a los hombres para que hagan canales o carreteras? Hay que pagarles salarios adecuados u obligarlos con la amenaza de la ametralladora. Hay también, es cierto, la posibilidad de aplicar lo que los africanos llaman «trabajo voluntario». La población campesina de ciertas regiones de España carece de ocupación una buena parte del año, que es el tiempo muerto. Estos hombres, parados, consumen y no producen nada; haciendo canales o carreteras producirían seguramente poco, pero, comparado con el rendimiento que tenían —cero—, sería bastante. Téngase en cuenta también que en las zonas de minifundio, aun trabajando, los jornales perdidos por los braceros españoles en ir de una parcela a otra, representan anualmente una cantidad superior a la del presupuesto del ejército.

Deseo, en fin, aportar una idea al futuro debate. Para poder crear un instrumento político es importante que consideremos las soluciones que pueden ofrecerse: la de Franco, que no arruina el país, sino que lo eleva menos de lo que podía elevarse por otros medios, y la que consistiría en dar a los hombres que trabajan la oportunidad de que el producto de su trabajo sea para ellos. Pero si decimos esto, la democracia cristiana no va a querer hacer caso de nosotros, porque la democracia cristiana tiene sus intereses, contrarios, naturalmente, a los intereses de los que trabajan.

Yo no creo que los españoles del Interior estén bajo el influjo del miedo; creo que están despistados, lo mismo que nosotros. Pero el caso es que nosotros no tenemos derecho a estar despistados; tenemos más bien el deber de proponer que lo que hay en España sea de los españoles, de todos los españoles, y en parti-

cular de los que trabajan. Coincidiendo en esto, creo que de este primer contacto podría salir una orientación para facilitar el reagrupamiento de la izquierda y poder disputar el terreno, no sólo a la derecha, sino a Franco. Hoy no podemos hacerlo porque la democracia cristiana, por ejemplo, tiene público para hacer ruido por las calles, y nosotros muy poco. Se ha preguntado aquí por qué el Partido Comunista no atrae más gente. Yo creo que no la atrae porque, para lo que propone, que es la «reconciliación», la gente se va con la democracia cristiana, que tiene menos riesgo. El programa de los comunistas, definido por su propio secretario general, tiene de todo menos de socialista. Esta es la razón por la cual yo no estoy en el Partido Comunista. Si no se hace una propaganda de lo que se cree, sin concesiones, no podremos atraer a los españoles. Sólo cuando seamos capaces de trazar un programa coherente, de acuerdo con la realidad española, y demos soluciones justas —que por muy revolucionarias que sean, ya vendrá la realidad a cortarnos las alas— tendremos posibilidades de ganar la adhesión del pueblo.

Resumen de la sesión

Como no hay más palabras pedidas —dice el presidente—, vamos a concluir este punto. En realidad, podemos estar muy satisfechos, puesto que esta tarde se han dicho aquí cosas de gran interés. Hay dos aspectos fundamentales en el presente español: en primer lugar, el mantenimiento del régimen, a pesar de todas nuestras consideraciones y todos nuestros cálculos; en segundo lugar, la carencia, a pesar del descontento reinante, de una oposición sólida, bien articulada.

En España, como se ha dicho, ha disminuido la actividad antifranquista; está bien claro por el índice de los presos políticos. Yo lo he podido comprobar mejor a través del contacto directo con compañeros y militantes de otras organizaciones obreras en diversas regiones. Sin embargo, la disposición de lucha existe, sobre todo en la gente consciente, y el deseo de derrocar al régimen está también arraigado en la mayor parte de la población. Pero ni uno ni otro de esos sentimientos tienen cauce porque se les ha decepcionado.

Hay que tener en cuenta asimismo —como señalaba el último orador— que el presente de España se caracteriza por su desenvolvimiento económico, su intento de desarrollar la industrialización. Pero el régimen, políticamente hablando, está en declive, declive que podría ser definitivo si hubiera una fuerza que lo empujara. La fuerza existe en potencia, pero no en acción. A nosotros nos corresponde articularla, dotarla de un programa y una proyección generosa. Tal como se va desarrollando, este coloquio puede contribuir eficazmente a esa realización. Así que, agradeciendo a todos su colaboración, cerramos esta sesión.

SEGUNDA SESION

La segunda sesión del coloquio la preside otro miembro de la junta del Centro de Estudios Sociales y Económicos, Fernando Gómez Peláez, que, después de hacer unas consideraciones generales sobre el segundo punto del orden del día, que se refiere al estudio del exilio y sus tendencias dominantes, dio lectura a una carta de adhesión remitida por don Javier de Landaburu. Seguidamente lamentó la ausencia de ciertos invitados, emigrados, en general, de años recientes, como también la de otros, ya veteranos, que no habían respondido a la invitación. Sin más preámbulo, para ganar tiempo, quedó abierto el debate.

La opinión del Interior

En primer lugar leyóse una opinión remitida del Interior, que aludiendo al panorama internacional, al que principalmente se halla sujeto el exilio, y, relacionándolo con el desarrollo de la oposición en España, decía:

El mundo de hoy es un tablero de ajedrez ante el que se enfrentan Estados Unidos y la U.R.S.S. Se van perfilando, es cierto, otras fuerzas, pero todavía son esos dos colosos los que determinan todas las jugadas. Examinemos esto detenidamente, pues vivimos sumergidos en el área del capitalismo liberal y España puede ejercer en el futuro cierta influencia, sobre todo en los países americanos de nuestra lengua. ¿Creerá alguien, en estas condiciones, que los colosos nos dejarán actuar a nuestro albedrío? Eso equivaldría a no tener en cuenta la realidad. Por otra parte, ¿es que el pueblo español tiene ansias de combate y dispone para llevarlo adelante de una organización bien articulada? El pueblo —no hay que olvidarlo— ha sufrido demasiado y se encuentra en estos momentos sin el menor sentimiento de confianza hacia nadie. Esto permite suponer que, entre la coalición de fuerzas industriales y políticas del país, las ayudas internacionales que reciben y la apatía manifiesta de la multitud, estamos abocados a un cambio, sin duda de signo monárquico.

No dudo que si los grupos del exilio, que son todavía consistentes, actuaran de consuno, las cosas podrían seguir otros derroteros. Pero esa actitud exige una toma de conciencia, una disposición que hasta ahora no se ha manifestado. Es cierto que el pueblo español, aunque cansado, se siente inclinado hacia la solución de tipo republicano. Mas, ¿en qué posibilidades, con qué se justifica este anhelo? Hoy por hoy no es más que eso, un anhelo, y hay que comprender que no puede transformarse la tónica de un pueblo en un instante. Del exterior, pues, dependería la vigorización de la corriente democrática y ofrecer al pueblo

horizontes y alientos que no tiene. He ahí lo que me parece que el exilio debería considerar con atención, sin alejarse de la realidad que nos circunda, que en cierto modo nos atenaza.

Jesús Insausti

En realidad, lo que voy a decir encajaba más bien en el punto examinado ayer. Pero tiene una relación bastante directa con el de hoy. Ayer se escucharon aquí una serie de manifestaciones sobre la democracia cristiana por las que podía sacarse la conclusión de que esa democracia cristiana era algo negro, abominable. Se llegó a decir incluso que era uno de los grandes errores de los tiempos modernos.

Tengo que hacer, pues, una aclaración: estoy aquí como demócrata cristiano, como tal vine al exilio después de luchar contra la dictadura franquista. Si no se halla en estas reuniones el Sr. Landaburu, demócrata cristiano también, se debe a que, como tal, tiene que asistir a un congreso de los Nuevos Equipos Internacionales de la Democracia Cristiana, en el cual han de examinarse algunas cosas semejantes a las que aquí se están examinando.

Más aún; nosotros, nuestro partido, nuestros hombres, fueron algo así como los pioneros del actual movimiento de democracia cristiana que se extiende por los países europeos; gran número de elementos vascos han laborado asimismo por el desarrollo de la democracia cristiana en los países hispanoamericanos.

Ayer, cuando se evocaba aquí el problema se pasó por alto una cosa que tiene su importancia. Y es que en la Península Ibérica, excepto en el País Vasco y Cataluña, se puede decir que no existía la democracia cristiana antes de la guerra civil. Ahora sí, parece que existen unos grupos de jóvenes, y otros de menos jóvenes, que se llaman demócratas cristianos. En mi país el movimiento de democracia cristiana no es de hoy.

Se planteó ayer aquí otro asunto que requiere algunas observaciones. Se habló de la Iglesia, de la conducta y de la posición de las jerarquías de la Iglesia española, primero durante la guerra civil y, después, a lo largo de los años de represión del régimen franquista. Al referirse a este problema no es leal pasar por alto la conducta del clero de mi país, que en las horas difíciles de la guerra estuvo al lado de su pueblo. Hay hechos que no se pueden olvidar. Recientemente se ha hecho público un documento presentado por trescientos y tantos sacerdotes de las diócesis vascas a sus obispos respectivos. En un periódico del exilio, al comentar este documento, se ha dicho algo parecido a lo siguiente: en la actual coyuntura, que se presenta bastante mal para la Iglesia en España, el documento es una maniobra del Vaticano.

Los que opinan de esa manera olvidan algo que, con un poco de buena fe, no se puede olvidar: los sacerdotes vascos, en su gran mayoría, han estado siempre al lado de su pueblo. Estuvieron con nosotros, sosteniéndonos y alentándonos, en las horas negras de la guerra; estuvieron con nosotros en las cárceles; los

hubo que murieron ante los piquetes o «paseados» en las cunetas de las carreteras; fueron legión los encarcelados, perseguidos y exilados. Los sacerdotes vascos, en su gran mayoría —repito— están donde estaban. No existe, no puede existir la maniobra vaticana en su conducta noble y leal.

Hay muchos hechos —insisto— que no se pueden ni se deben olvidar, y uno de ellos es que la democracia cristiana tiene mártires en Euzkadi y los tiene en Cataluña. Uno de los primeros demócratas cristianos que fusilara Franco fue el noble catalán Carrasco Formiguera. En mi país el franquismo ha fusilado a centenares de demócratas cristianos; en los frentes dieron su vida miles de ellos, llenaron las cárceles, no sólo en la tierra vasca, sino en Castilla y en Andalucía. Creo que estos son hechos comprobados y que honestamente no se pueden pasar por alto. Al contrario, hay que tenerlos presentes.

Fernando Valera

Yo fui uno de los que aludieron a la democracia cristiana, pero no lo hice en tono de menosprecio: expresé una posición doctrinal. Las razones profundas de mi actitud sobre el catolicismo político, son de muy antiguo. Podría aducir textos que escribí sobre este problema antes de la guerra, pero me limitaré a recordar un trabajo que publiqué hace doce años, donde decía que, salvo excepciones, la Iglesia española se ha confundido demasiado en la aventura franquista para que pueda inspirar un movimiento de democracia sin que el pueblo lo identifique con el pasado. A mi juicio la Iglesia debería abstenerse y elevarse por encima de las contiendas políticas, actuando como elemento de pacificación y de concordia. Ahora bien; si el error está en marcha, pues es un problema, es un elemento más del problema español. Y dada esta explicación, aclarando que conozco y estimo la posición honesta de los católicos vascos en la lucha contra Franco y por la libertad de su pueblo, paso al examen del punto segundo de este coloquio.

La falta de comunicación ha hecho que, del exilio republicano, las nuevas generaciones tengan una idea un poco alejada de la realidad. Y nosotros, al mismo tiempo, tampoco tenemos un conocimiento cabal de lo que pasa en España, que no basta oírlo, hay que vivir en el ambiente para empaparse de él. Sólo el hecho de haberse mantenido como exilio coherente, es de por sí un alto merecimiento, porque es gracias a la existencia del exilio por lo que el derecho de España en buena parte está en litigio. Todos los esfuerzos que la política internacional hiciera de manera concreta para consolidar el franquismo, han fracasado por la presencia de lo que llamamos España peregrina. Esto tiene más mérito del que imaginan los que no han vivido las primeras etapas de nuestra emigración. Porque es preciso decirlo: la supervivencia, no ya del exilio como colectividad, sino la de cada uno de los exilados, ha sido casi un milagro.

Cuando pasamos la frontera, los republicanos —digo republi-

canos como nombre genérico— éramos objeto de una campaña de difamación tal, que detrás de cada uno de nosotros se veía un monstruo. Recordaré una anécdota de un militar español, que es suficiente para explicar el ambiente que se había montado en el mundo contra nosotros. Me refiero al coronel de Asalto Sr. Sánchez Plaza, que, refugiado en México, debía ganarse su vida como viajante de comercio. En Veracruz fue a una tienda a ofrecer los productos que representaba, y el comerciante, que era un gachupín —franquista, como casi todos los gachupines—, le salió al paso diciéndole:

—¡Ah! ¿Usted es uno de esos rojos que nos ha traído aquí el general Cárdenas? ¿Cuántos curas ha matado?

A lo que el Sr. Sánchez Plaza contestó con mucha serenidad:

—Yo, en España, era coronel de Caballería; yo no mataba curas, a mí me reservaban los obispos.

Pues, en estas condiciones salimos de España, y el exilio republicano, batiéndose en todos los frentes de la libertad o combatiendo en el mundo del pensamiento, ha reivindicado su honor y ha engrandecido el nombre de España. Los que hemos estado también en América, no sólo aquí, sabemos que entre los liberales de todos aquellos pueblos la llegada de los españoles expatriados se llama la Reconquista de América. Porque ese es el hecho. Nuestros sabios, nuestros escritores, nuestros técnicos y nuestros obreros han elevado el nombre de España y han hecho una labor patriótica que merece la mejor consideración.

Ahora, el exilio tiene también sus peligros, uno de ellos es el de la cronicidad. Es muy largo, nos vamos acostumbrando ya a ser exilados. Además, el exilio envejece, —no sólo envejecen las personas físicas— envejece en ideología. Por lo tanto, una aspiración necesaria de todo exilio que quiera salvarse es precisamente el dejar de ser exilio.

¿Hemos hecho lo posible los refugiados españoles para cumplir con nuestro deber histórico? A pesar de esas nobles ejecutorias, creo que ha habido deficiencias. Una de ellas ha sido lo que yo llamo la dilapidación del heroísmo. Por un defecto de carácter orgánico, quizá consubstancial al temperamento español, los republicanos españoles se han batido en todos los sitios bajo todas las banderas, menos la bandera republicana. De ahí que el sacrificio que han hecho de sus vidas, ha servido, naturalmente, a la humanidad, pero no ha servido ni podía servir a España. Este ha sido uno de los errores fundamentales de nuestro exilio.

Hablé ayer de que se abría una coyuntura internacional más favorable con el cambio de política en Estados Unidos. No quise decir, ni está en mi ánimo pensarlo, que Estados Unidos nos vaya a resolver a nosotros el problema. Eso me parece erróneo. Pero es innegable que el problema español, como todos los problemas actuales del mundo, es también un problema internacional. En la época en que vivimos no hay ya problemas exclusivamente nacionales. Ni el problema de Cuba, ni el de Argelia son exclusivamente nacionales. Se ha dicho aquí que, en Cuba, los comunis-

tas no tomaron parte en la insurrección; yo diré incluso que los comunistas estaban en contra del movimiento castrista, y, sin embargo, la insurrección se produjo. Pero para que se produjera ese movimiento hubo —no hay que negarlo— una aportación internacional muy importante. No quiero ahondar mucho en el problema; no me interesa. Sin embargo, puedo decir que, aun en su desenvolvimiento actual, el problema de Cuba es independiente de la voluntad de los cubanos. Lo mismo ocurre en Argelia. Basta haber leído la prensa para saber que en el problema de Argelia está interesado todo el mundo árabe, que es una de las fuerzas más poderosas y más vitalizadas que existen hoy.

Cuando hablaba, pues, de que la coyuntura internacional era un elemento del análisis actual del problema español, me refería a eso, que es evidente. Además ¿qué es en esencia el problema de Alemania, sino la plasmación en el ámbito alemán de la gran división internacional? Si no hubiera la división del mundo en dos bloques, Alemania estaría reunificada desde hace muchos años. Tampoco lo de China sería problema si detrás no hubiera unos factores internacionales, que son los que pesan. Con España pasa lo mismo. Y sobre todo en el exilio tenemos la comprobación de que muchos males que nosotros atribuimos a ineficacias e ineptitudes no son sino el reflejo de las divisiones de carácter internacional.

Ustedes saben que la guerra de España —factor que suele olvidarse— terminó en una especie de segunda guerra civil interna entre las fuerzas comunistas y afines por un lado y las fuerzas libertarias y socialistas por otro. Esa división dejó huellas profundas en el exilio, y aun en España. Consecuencia de ella fué la forma en que se constituyó en México el gobierno presidido por el Sr. Giral, dándose el fenómeno curiosísimo de que el Partido Nacionalista Vasco condicionó su entrada en el gobierno a la presencia de los comunistas. Dirán ustedes: ¿y cómo se explica? Sencillamente: la política internacional de entonces era la de la mano tendida entre el Vaticano y el Kremlin. No lo digo sino como comprobación de que las fuerzas católicas vivían aquellos años en una especie de fraternidad con los comunistas.

Cuando se fue a San Francisco a hablar con los «grandes» de la política mundial, por una parte la Junta de Liberación de México —que no tenía nada que ver con la de Francia—, por otra parte el Partido Nacionalista Vasco, y por otra aún el Sr. Negrín y sus amigos, el entonces ministro de Negocios Extranjeros de Francia, Sr. Bidault, dijo: «Unanse ustedes en una sola fuerza, en un gobierno único y yo les facilitaré la reunión de las instituciones republicanas en Francia». Así se hizo: el gobierno constituido en México pudo instalarse a finales del 45 en Francia. Luego vino la reunión de las Naciones Unidas en 1946, que condenó a Franco tras una batalla tan cerrada que hizo decir al representante inglés, dirigiéndose al Sr. Giral: «nos han derrotado». Pero lo que no dijo el representante inglés era la maniobra que —por medio de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas— prepa-

raba la diplomacia británica, que era provocar la crisis del gobierno presidido por el Sr. Giral.

Sin embargo se reorganizó en seguida el gobierno republicano, y siguió siendo de coalición. Así, al reproche de que los republicanos no son capaces de unirse, el gobierno del Sr. Llopió era una réplica, pues estaba formado por casi todas las fuerzas coherentes del exilio. Pero diré más: como las instituciones republicanas no son solamente el gobierno, había también la Diputación Permanente de las Cortes. Y en las reuniones de ésta se hallaban representadas las fuerzas políticas que no figuraban en el gobierno. De modo que cuando se dijo: hay que unificarse, el exilio hizo lo que hasta ahora no ha hecho nadie: agruparse para realizar una acción común.

El impacto producido en España, en los elementos dirigentes, por esa actitud de las Naciones Unidas y las grandes potencias, fue rápido, tan rápido que entonces ocurrieron cosas cuyos protagonistas, antes que se mueran, debían dejar constancia de ellas. Así, en febrero de 1947, el general Menéndez, que durante la guerra había mandado el frente de Levante, estuvo en Burgos, invitado por el capitán general Yagüe, y pasó la frontera en el coche del capitán general y fué recibido en la Capitanía General.

El exdirector general de Seguridad, Sr. Santiago, capitán de la Guardia Civil, fue igualmente a Madrid y Barcelona en el coche de un alto jefe de la Guardia Civil de Franco. Entonces veían inminente la necesidad de encontrar una solución al problema español.

Pero estando las cosas así ocurrió un suceso de importancia internacional: el general Marshall pronunció el discurso en que propuso su famoso Plan, que no se refería solamente —aunque muchos no se dieron cuenta— a la reconstrucción de Europa, sino que era destinado a impedir la propagación del comunismo. Pues, bien; reunido entonces el gobierno republicano, éste acordó por unanimidad, incluso con el voto de los comunistas, pedir la inclusión de España en el Plan Marshall. Los comunistas españoles incurrieron en el mismo error que sus correligionarios checos. A las pocas horas el gobierno checo no tuvo más remedio que rectificar su posición, y las mismas influencias comenzaron a manifestarse en el gobierno de la República. Esto confirma plenamente que los españoles no podemos, por nosotros mismos, resolver el problema sin tener en cuenta la coyuntura internacional. La coyuntura no nos lo va a resolver, pero nosotros no podemos resolverlo tampoco contra determinadas orientaciones de la coyuntura internacional.

Y dicho esto, yo estimo que el primer deber del exilio es la simplificación del problema. Se han dado los primeros pasos en este sentido. Los partidos republicanos, por ejemplo, han constituido uno solo. Ya es un elemento de simplificación. La C.N.T., después de una elaboración muy difícil y hábil, ha logrado también fundir las dos ramas en un solo movimiento. Esperamos que los demás hagan lo mismo, y que, en definitiva, no queden sino

las fuerzas organizadas que por naturaleza deben existir: partidos republicanos y nacionalistas, organismos de clase o tendencia obrera, libertarios y marxistas. En realidad, todas las demás fuerzas que se inventan son fuerzas producidas por la descomposición inherente a todo exilio.

La alianza con los comunistas es una empresa muy difícil. Porque no sabemos nunca —es una experiencia que las generaciones nuevas no tienen— donde empieza y donde termina la lealtad a los pactos. Y esto ha creado un espíritu de desconfianza, de recelo muy comprensible. No hace mucho, sin embargo, Pasiónaria ha dicho en uno de sus informes que el Partido había cometido errores que justificaban este recelo. El reconocimiento del error puede ser un principio para la rectificación. Pero hay otro aspecto del problema: la unificación de nuestras acciones con las acciones de los comunistas tiene una repercusión de índole internacional, y, como el mundo está dividido, querámoslo o no, nuestra unificación supone ir a contrapelo del movimiento político internacional.

Eso crea, pues, nuevas complicaciones y, mientras no se llegue a un modo de convivencia entre las dos maneras de civilización, ¿cómo resolverlo? Yo, de momento, no veo más que un camino: que, cuando no es posible la alianza, puede existir una convergencia de movimientos. Y que, sin estar de acuerdo, vayamos en líneas convergentes hacia un ideal común. Este, como veremos luego, no puede ser otro que el restablecimiento de la libertad y la democracia en España para que el pueblo ejerza el derecho que hoy se reconoce a todos los países del mundo: elegir su propia forma de gobierno. Porque ésta es una de las cosas más peregrinas y más irritantes de la política mundial con respecto a España. Puede ir uno al último confín de Africa, acercarse a un canibal descendido de un cocotero, donde acaba de comerse los huesos de sus antepasados, y decirle: eres un ciudadano libre para elegir tu forma de gobierno. ¡Ah! Pero tratándose de España, que tenía leyes antes que existiera Roma —y escritas en verso, según los historiadores griegos—, que tuvo Universidad antes que Alemania, que tuvo Derechos del Hombre antes que Francia, que tuvo Parlamento antes que Inglaterra y que ha civilizado veinte naciones, se le dice: eres un pueblo incapaz; eres el único pueblo del mundo al que no se puede consultar para elegir su forma de gobierno.

De manera que se puede coincidir en este postulado: la autodeterminación, y marchar hacia él por caminos convergentes: los comunistas, por el suyo; nosotros, por el nuestro. Porque lo otro, pensar que estamos en condiciones de negociar con el Partido Comunista, es imposible, desde el punto de vista de la psicología del exilio y desde el punto de vista de la coyuntura internacional.

Otro aspecto del problema que necesitamos examinar: el contacto con el Interior. Decíase ayer que la oposición en el Interior disminuye. Eso es discutible; pueden haber cambiado las maneras de actuar, y nada más. Decíase también, y en esto estamos de acuerdo, que no hay tensión revolucionaria. Naturalmente, si no hay un mínimo de libertad, es imposible crear colectivamente

la tensión revolucionaria. Y esto es lo que muchas gentes no comprenden cuando examinan el problema español: la dictadura de Franco no es como la de Perón, Batista u otros. Es mucho más profunda. Pues, bien; no podemos crear una tensión, por más razones que tengamos, por más abusos que haga el régimen, si no disponemos de elementos de introducción en el país, por procedimientos y técnicas modernas, del pensamiento español. En síntesis, no tenemos siquiera una emisora de radio. ¿Es esto desesperar? No; es ver el problema cual se plantea. Tal vez se puedan superar las dificultades si nos percatamos de la importancia que el caso tiene. Ahora, lo que entiendo es que el exilio debe aprovechar todos los medios de introducción en el Interior, de diálogo con el pueblo español, rompiendo —como podemos— esta terrible cortina del silencio que rodea a España y que es una de las causas fundamentales de la permanencia del régimen franquista.

Gastón Leval

Ante todo conviene que diga unas palabras sobre la situación del amigo demócrata cristiano, porque, a juicio mío, no se han pronunciado con bastante claridad los participantes en esta reunión. Yo soy libertario, ateo, anticatólico. Sin embargo, reconozco que actualmente hay en la Iglesia católica una evolución —o distintas evoluciones— y que, efectivamente, ciertos sectores dan al catolicismo una misión de carácter social, a la cual se dedican con entusiasmo. Es cuestión de honradez el decirlo. Aquí mismo, en Francia, el movimiento de la C. F. T. C. aparece como una fuerza que no es conservadora, ni siquiera reformista, y debemos admitir que sectores semejantes pueden surgir en España y pueden ser aliados muy valiosos en la lucha contra el franquismo. Esta es una expresión personal que yo expongo, y creo que no soy el único en pensar de esta forma.

Ahora, abordando el tema del exilio y sus tendencias dominantes debo decir unas cosas que discreparán en algún aspecto del criterio del Sr. Valera, pero me disculpará. Estamos aquí para confrontar opiniones, pero a todos nos mueve el mismo afán. Tal vez sea distinto ver las cosas desde arriba y verlas desde abajo. Yo, desde luego, no contradeciré lo que se refiere a la participación de los exilados españoles en las luchas políticas y sociales de nuestra época, pero creo que en lo que se refiere a la actuación desplegada con vistas al derrumbamiento del franquismo, se han cometido bastantes errores y debemos tenerlos en cuenta para no reincidir.

Afortunadamente el Sr. Valera nos ha ofrecido al final de su exposición ciertos elementos de optimismo. Pero quien ha vivido desde dentro la actividad de los distintos movimientos que se encuentran en el exilio, ha podido comprobar que no hubo acuerdo o conjugación de esfuerzos de una manera efectiva, sino más bien una enemistad permanente, a veces más agria entre los propios exilados que contra el franquismo.

Se reprocha, por ejemplo, a las naciones demócratas de Occidente no haber ayudado lo suficiente a los exilados en su lucha, que es cosa cierta, pero yo comprendo que muchas veces, aun independientemente de los grandes problemas de la política mundial, tenían razones para hacerlo. ¿Qué ha ocurrido entre los distintos partidos y las distintas fuerzas del exilio? Tenéis el espectáculo de los socialistas, divididos en dos fracciones antagónicas, que iban alternativamente pidiendo su apoyo a Washington, París o Londres, y pretendiendo cada una representar de modo exclusivo al pueblo español. Tan pronto se produjo la liberación de Francia, cuando tal vez era posible llegar a la conjunción efectiva de esfuerzos, los republicanos no estaban de acuerdo tampoco; y nuestro propio movimiento cenetista dividióse para enzarzarse en una lucha ingrata de tendencias que ha durado quince años.

No es suficiente, pues, haber reunido a unos hombres —por mucho valor que tuvieran— en un gobierno; lo importante hubiera sido la unión por la base. Y esta unión no ha existido. En realidad, en cuantas alianzas se han hecho, la mayor parte de los veces cada sector ha esperado debilitar al que estaba a su lado. Por eso, cuando se creyó —hacia 1946— que podría resolverse el problema español, las divisiones totales sobrevinieron. Podían seguir en el gobierno elementos de distintas tendencias; abajo no había nada. Las fuerzas de la C.N.T. y la U.G.T. estaban dispersas, se habían roto los comités de enlace y nosotros mismos —lo repito— andábamos estúpidamente a la greña. Este ha sido, a mi entender, el factor que más ha contribuido al mantenimiento de Franco en el poder. Los elementos del Interior, el pueblo español nada saben de la existencia de los organismos emigrados. Aparte, pues, del gobierno republicano, que puede tener una significación más o menos abstracta, si los antifranquistas exilados se hubiesen puesto de acuerdo sobre un programa concreto desde el primer momento, es probable que hoy hubiera más gente dispuesta a la lucha en el Interior.

Ayer, ciertos elementos jóvenes, más capacitados que nosotros para opinar sobre estos hechos, señalaban la disminución de la actividad contra Franco. También se dijo que existía cierto miedo a la lucha revolucionaria, y es explicable: un pueblo no se lanza a la lucha armada, que acarrearía muchas víctimas, si no sabe por qué ha de luchar. Diré, pues, que no es suficiente ir contra, hay que saber lo que se quiere establecer. ¿Qué ha propuesto en este sentido la emigración española? Un gobierno republicano; nada más. Pero resulta que al sector libertario le es indiferente ese gobierno. Entendámonos, no desde el punto de vista del restablecimiento de las libertades, sino considerando insuficiente el restablecimiento de las libertades políticas. Porque ha de tenerse presente que en tiempos de la República, con libertades políticas, hubo miles de presos y hasta entonces no se habían conocido tantos asesinatos de trabajadores cometidos por la Guardia Civil. En verdad, pues, la emigración no ha estado a la altura de su obra histórica. Tal vez sea ahora, este pequeño

coloquio, el primer paso sincero en que hombres venidos de distintos sectores tratan de aclarar los problemas para poder entenderse y realizar una obra positiva.

Quiero añadir unas palabras con relación a la actitud que se impone ante el Partido Comunista. Desde 1917 hemos seguido paso a paso la actividad del comunismo internacional, hemos estado en Moscú para ver lo que se podía hacer, hemos luchado en combates comunes, y siempre, siempre, siempre hemos tenido el mismo resultado: la deslealtad. Pensar, pues, en una convergencia de fuerzas con el comunismo me parece peligroso. Queremos, desde luego, acabar con el franquismo, pero no para establecer un régimen peor todavía que el franquismo. Estamos, creo yo, obligados a andar separadamente. Converger, aun en alianzas circunstanciales, nos condenaría a ser mañana víctimas, como lo han sido todos sus colaboradores izquierdistas en todos los países y en todos los tiempos. Ya vemos actualmente lo que está pasando en Cuba. Los comunistas, como se ha dicho, eran enemigos del movimiento castrista; hoy están implantando una « democracia popular ». El mismo peligro nos envolvería a nosotros. No creemos, ni mucho menos, en las palabras de rectificación de la Pasionaria, porque ya hemos leído muchas declaraciones y sabemos que su sólo objeto es atraer a los elementos indecisos y utilizarlos en sus empresas de absorción. Pasionaria no es sincera; ha tenido que reconocer que la política de Stalin fue malísima, porque lo ha hecho así el Partido Comunista ruso. Si Kruschev, su amo, siguiera una línea distinta, ella diría lo contrario de lo que dice ahora. A mi juicio, pues, es indispensable que en vuestras conclusiones señalemos concretamente que no podemos colaborar, ni de cerca ni de lejos, con ningún partido totalitario.

Antonio Gardó

Quiero me perdonen el tener que volver a las fuentes y decir que, por este camino, no adelantaremos nada. Si hemos de empezar a cortar, a proclamar « antis » antes de ponernos de acuerdo sobre el problema fundamental, que es la necesidad de remozar la oposición antifranquista, creo que no valía la pena habernos reunido aquí. Decir de una de las fuerzas españolas que no puede estar con nosotros, es casi imposibilitar toda salida para España. Los comunistas, que parecen el coco de todo, no son diferentes de nosotros. Además, cuando se trata de actuar en una dirección bien determinada y se está dispuesto a trabajar con entusiasmo, no pueden ser los comunistas quienes impongan su voluntad, sino los otros.

Hace poco hemos visto aquí, en Francia, que a los estudiantes se les ocurrió hacer una manifestación en la calle, pidieron el concurso de otras fuerzas, y el Partido Comunista, no siendo el organizador de la manifestación, rehusó su participación. Sin embargo, contra la posición oficial, muchos comunistas se unie-

ron a los estudiantes; y resulta que, desbordada la dirección, se produjo en el seno del Partido un malestar terrible. Todo es, pues, cuestión de no dejarse llevar por sus consignas, sino de actuar con nuestras propias consignas y con mayor diligencia que ellos.

Ayer me ocupé someramente del problema psicológico del español del Interior, hoy podría ocuparme del mismo modo del refugiado. ¿Es éste un indiano de aquéllos que salían de España a ganar dinero en América y que volvían al pueblo para hacer ostentación de su fortuna o es un hombre de cierta calidad espiritual? Hace unos meses decía yo en el Ateneo Iberoamericano de París que, aun con todo nuestro pasado —que a veces nos perjudica bastante para examinar con objetividad los problemas— no podíamos pretender decidir la suerte del pueblo, ni siquiera tratar de imponer nuestras concepciones. Sería demasiado ambicioso. Para comprender la situación del español de hoy hemos de recordar que nosotros no entramos en la guerra como si fuera el capítulo primero de nuestra historia revolucionaria, sino más bien el final. Y cuando pasamos la frontera, parecía que habíamos dejado atrás una pesadilla enorme.

En el campo de concentración se reavivó el idealismo, pues se pensó en retornar a España para proseguir el combate. Sin embargo se introdujo en seguida la cizaña del anticomunismo, el arma que tan bien había servido y debía seguir sirviendo los intereses de Franco. Con el anticomunismo vino, naturalmente, la crítica de todo lo que se había hecho y el propósito de acabar con cuanto quedaba. Pero no se acabó con ello en el campo, sino fuera. De modo que cuando nos lamentamos de que los españoles se batieron bajo todas las banderas, menos la republicana, yo creo que la culpa no fue del refugiado anónimo, sino de quienes no supieron asegurar la continuidad del gobierno en el extranjero.

Todo esto ha influido mucho en las características del exilio, donde, pasada la clandestinidad en la ocupación y la lucha guerrillera, los partidos clásicos —creyéndose aún en España— habían de permitirse atizar el fuego entre las diversas fracciones. Ha dicho Gustave Le Bon que la psicología del hombre y la del grupo son diferentes; y es tan cierto que, cuando encontramos un español o dos o tres, aun de ideas distintas, podemos estar medianamente de acuerdo; en cuanto nos encontramos en nuestra capilla de partido o sindicato resurge la rigidez de las posiciones. Pero el caso es que esas posiciones no tienen nada que ver con las de la España actual. El que está en España considera —y tiene razón— que todo aquél que lucha contra Franco es un elemento útil. ¿Por qué hemos de decir nosotros —lejos del escenario de la lucha— que el partido equis está demás? Hay necesidad, al contrario, de aunar voluntades, pues no cabe duda que si todas las fuerzas contrarias al régimen estuvieran unidas, la transformación de España sería un hecho.

Llegados a esta conclusión, de este coloquio podría salir, no un acuerdo, sino una orientación positiva. En la guerra, en la

clandestinidad y en las luchas del exterior hubo de todo, desde los católicos hasta los anarquistas, pasando por los comunistas. También en el campo estuvimos juntos, incluso pegándonos. Si nosotros tratamos hoy de unir a la gente actuando, no dejando actuar a los otros, el problema de fuerzas estaría resuelto con la coincidencia total en un organismo de combate, y ése sería seguramente el trabajo más útil e interesante de la emigración.

Hemos de pensar también que el objetivo de nuestra lucha —como han indicado otros amigos— no radica sólo en derribar al franquismo, sino en quedarnos en España y posibilitar la convivencia entre los españoles. No hagamos posible que los mismos españoles que se mueren de hambre, prefieren continuar en esa situación y se alejan de nosotros por no llevarles esperanzas de solución sino elementos de desorientación. Vivimos —como también se ha dicho— un momento difícil de la humanidad, en que, queramos o no, todos los problemas están ligados. Confesémoslo, pues, nuestros propios errores y digamos de una vez que la lucha no admite exclusiones, que podemos estar unidos todos los interesados en expulsar a Franco y restablecer la libertad.

Juan Bernat

Indudablemente, los tres puntos del orden del día son muy difíciles de separar, porque no se superponen, sino que se engranan entre ellos. Eso nos obliga muchas veces a penetrar en terreno vedado. Yo procuraré, sin embargo, limitarme a hacer un somero análisis del exilio español actual. Este exilio —excúsenme todos los que hasta hoy han dirigido los destinos del antifranquismo español —está falto de élites. Yo no me considero superior a nadie; aunque las circunstancias o las coyunturas políticas me hayan conducido a desempeñar cargos o a hacer periodismo de ocasión, no he dejado nunca de ser obrero. Ahora, cuando analizo la labor de nuestras élites desde que entramos en Francia, creo que el balance es negativo. Pero lo peor es que si ese balance es negativo, también lo es el de los que no formamos parte de las élites.

¿A quién se le hubiera ocurrido, en el año 45, sostener la tesis de un gobierno republicano de unidad nacional, con una plataforma política comedida, reformista, si queréis, pero realista? Nosotros, entonces, en tanto que cenetistas, no tendíamos a nada más ni nada menos —como dijo ayer el amigo Gómez— que al restablecimiento de las colectividades y demás conquistas de la revolución. En 1945 la guerra había terminado, pero era ocioso y descabellado suponer que las potencias democráticas iban a sostener a un gobierno republicano o un organismo que pretendiera imponer en España el socialismo o el comunismo libertario. Las élites pecaron por exceso de confianza en la acción diplomática; la base pecó por exceso de confianza en sucesos todavía recientes o relativamente recientes, que hacían abstracción de todo un complejo de intereses entrecruzados. Sólo este análisis

—creédmelo— nos llevaría horas. Yo me he impuesto ser lo más escueto posible y dejo simplemente constancia de esto: hay una carencia bastante acusada de élites.

Nos ha explicado el Sr. Valera que los españoles hemos combatido bajo todas las banderas menos la republicana. Y ¿dónde estaba la bandera republicana? El Sr. Gardó ha contestado. He ahí la comprobación neta, absoluta de la carencia de élites. Porque los pueblos son todos iguales, el español como el chino; si no hay élites no hay pueblos. Sostener lo contrario equivaldría a contradecir toda la historia. Pero lo pasado, está pasado; vayamos al presente. Este no puede ser ni más ni menos que lo que es; quiero decir —aunque parezca perogrullada— que no cabe ser optimistas ni pesimistas.

Los acontecimientos mundiales se suceden a un ritmo acelerado. Nuestro papel es reducido porque no somos fuerza operante en el territorio nacional. El mundo nos somete a esa evolución. Sin embargo, el hecho que acaba de plantearse, la realidad del Partido Comunista es indiscutible. En el exilio —lo mismo que en el Interior— hay un Partido Comunista, no por muy silencioso menos evidente. Constituye una fuerza. ¿Para qué vamos a negarlo?

Por otra parte, asistimos a un envejecimiento del exilio. Hemos envejecido, y lo curioso del problema es que — pese a lo que muchos opinan— cuando se habla con amigos que vienen de España —no sé si mis amigos son especiales— casi todos dicen que lo que no hagamos nosotros no lo pueden hacer ellos. No hay, pues, en mí, complejo de superioridad al decir que el exilio no estuvo a la altura de las circunstancias; reconozco simplemente que no hemos hecho —quizá— lo que debíamos. Mas de eso a deducir que la liberación de España es cosa de los españoles del Interior media un abismo, el abismo de las realidades políticas, que no se confunden jamás. El exilio y el Interior constituyen una unidad orgánica, y pretender subordinar el primero al segundo, o viceversa, es, a mi juicio, ridículo.

Los que vienen de España se justifican en cuanto se les hace la menor objeción sobre la pasividad reinante: «¿Acaso —dicen— nos habéis inspirado vosotros confianza? Ya sabemos que hay gentes dignísimas en el exilio, que han combatido en todas partes y han sufrido, pero también nosotros hemos tenido nuestras víctimas.» Es verdad, cuando toda una generación pasa por San Miguel de los Reyes y otros penales que nuestro amigo Carrasquer conoce bien, es muy duro exigirles que reanuden el hilo de la lucha. No seré yo jamás quien afee la conducta pasiva de ciertos compañeros, pues sé que si son pasivos hoy, quizá no lo sean mañana. En lugar de acusarlos, pienso en los interrogantes que nos plantean: «¿Qué habéis hecho en el exilio para estimular nuestra lucha? ¿Nos habéis hablado un idioma político u os expresáis en dialectos políticos?» Esto, en buen castellano, quiere decir que nosotros no hemos hablado nunca el castellano; hemos hablado dialectos. A eso equivale el haber creado, cada cual por su lado, tantos organismos de acción y contacto. Así se han des-

perdigado nuestras fuerzas y se han despilfarrado —sin haber sido nunca enormes— nuestras disponibilidades económicas. Y claro, los de España insisten: «¿Cuándo nos habéis presentado algo — un manifiesto, una declaración, una simple octavilla— que bajo un anagrama único nos dijera: estamos unidos en el extranjero? Jamás. Nos ha llegado, sí, propaganda diversa, incluso libros, de la C.N.T., del P.S.O.E., de los partidos republicanos, pero jamás de un organismo aglutinante de todas esas fuerzas, y por lo tanto nos cabía siempre la sospecha de que pudieran ser apócrifos.» Hasta esa sospecha estaba justificada, porque el franquismo, que sabe lo que se trae entre manos, en ciertos casos ha hecho circular por Barcelona manifiestos suscritos por organismos de resistencia, pero redactados en la Jefatura de Policía.

No podemos pensar hoy en crear una situación violenta contra el franquismo con hombres de 45, 50 o más años. Es absurdo suponer que vamos a ir al monte ahora cuando no pudimos hacerlo el año 45. Se trata, pues, de que, percatados de nuestro envejecimiento, sepamos extraer las posibilidades de un realismo colectivo que se puede deducir a través de la lucha; que tratemos de reanimar la oposición sin miedo a amenazas ni a pactos con nadie. Cuando Lenin propuso la paz de Brest-Litovsk tenía a todo el Partido Comunista en contra; eso no estaba conforme con los principios revolucionarios, pero Lenin tuvo la valentía, digamos también la inteligencia, de defender su criterio y hacerlo adoptar, salvando la revolución rusa —la supervivencia de la revolución rusa, que era lo importante entonces— al tratar con los demás.

José Pallach

Seré breve. Tenemos en frente una fuerza sólida —el franquismo— y con posibilidades de supervivencia, tal vez para diez años, o no tantos; es igual. Por otra parte hay unas fuerzas que parecen desgajarse del franquismo, fuerzas —llamémoslas así— de derechas, que no están representadas en el exilio. Las izquierdas, como he dicho ayer, se encuentran en España disminuidas por una serie de consideraciones sobre las que no voy a insistir, pues ya las ha explicado el amigo que me ha precedido en el uso de la palabra. ¿Qué podemos hacer nosotros desde aquí para ayudar a nuestros afines del Interior? ¿Podemos contribuir, tal como nos encontramos aquí, al afianzamiento de la oposición allá? Esto me parece exigir un pequeño análisis —no una crítica— de lo que hemos hecho hasta ahora.

La emigración, en el plano intelectual, ha tenido valores enormes; ya se ha hablado de ello y no se trata de volver a hacer el elogio. Ahora, políticamente, la emigración sólo ha expresado deseos; no ha hecho política de presencia. En el pasado —después de haber combatido sin bandera republicana— se concretó al restablecimiento de las instituciones. Establecido en Pa-

rís el gobierno republicano, ¿qué hizo sino esperar que las cancillerías le reconocieran como poder real? Esto, amigos, era un complejo falso. Se fue a las cancillerías y se fue también a ver al general Yagüe. No lo censuro. Pero había otras cosas que hacer. Entonces se podían hacer huelgas en el Interior; las hicieron los vascos —lo dije ayer— y se hicieron más tarde en Cataluña, cuando había menos esperanzas. Yo me encontraba en aquellos días en la cárcel de Gerona, y todos los presos esperábamos se emprendiera algo efectivo, pues existía una oposición auténtica.

Ahora viene el segundo capítulo de análisis: la política internacional, el bloqueo... La verdad es que han cambiado enormemente las cosas; han cambiado también —y parece olvidarse— numerosos regímenes políticos, en Oriente, en Africa y en América. En Europa mismo ha habido cambios importantes. Veamos el caso de Austria, donde pudo ponerse fin al régimen de ocupación porque realmente existía una voluntad de independencia: socialistas y demócratas cristianos se entendieron en ese aspecto, actuaron decididamente y lograron la solución. Quiero decir que el bloqueo en el plano político que planteó la guerra fría, creaba un problema nuevo, pero no impedía haber buscado otro procedimiento para resolverlo. No se ha hecho. Se ha continuado expresando deseos y, naturalmente, las cosas han ido complicándose cada vez más.

Bueno, pues, se trata, si es posible, de realizar lo que el Sr. Valera ha llamado política de presencia. Voy a recordar que, estando días pasados en Perpignan, vino a verme un muchacho de Barcelona que había participado en la última huelga. Tiene veintidós años y no es socialista, ni comunista, ni cenetista, sino de un grupo de requetés. En resumen, quería saber si le podíamos ayudar.

— Tienen que reconocer que soy antifranquista.

Al responderle que más bien sería tradicionalista, replicó al punto que los « tradicionalistas » éramos nosotros, que no habíamos cambiado en nada y no comprendíamos lo que pasaba en España. Para él lo que contaba era luchar contra el régimen.

Y esto es un grave reproche, pues denota que la emigración no ha estado presente dentro y no ha sabido captarse a la gente. Así no vamos a ninguna parte. Veamos, pues, si interesa lo que hemos hecho por grupos, cada cual a su modo, y lo que podría hacerse conjuntamente. Yo creo que el hecho de existir en el exilio un organismo permanente que intente hacerse oír dentro —como fuere, con radio cuando la tenga, si no con hojas— puede ser fundamental para manifestar esa presencia constante. Los vascos han mantenido hasta aquí un organismo de ese tipo, y ya sabemos cómo está el País Vasco. ¿Por qué los demás no podemos hacer lo mismo? Intentemos resolver esta cuestión y lograremos que nuestros amigos de dentro sean más fuertes para resistir a las derechas que tratan de salir de la esfera franquista.

¿Tan difícil es hallar unos puntos de coincidencia? Hoy domina el ambiente la solución provisional; más o menos están de

acuerdo con esta posición los republicanos, el P.S.O.E. y buena parte de la C.N.T. (creo que la C.N.T. unificada no tendrá inconveniente tampoco en aceptar un régimen provisional que restablezca las libertades). Lo que hace falta es no limitarse ya a expresar deseos, pues sería de la misma inoperancia que lo de ir a las cancillerías esperando el reconocimiento del gobierno republicano. Ir con ruegos a la derecha española resultaría igual que lo de la visita a Yagüe, y la derecha continuaría, si no entregada completamente a Franco, esperando tranquilamente que madure la solución monárquica, y es normal.

Yo estimo que podemos hacer algo más. Nos han mostrado el ejemplo otros pueblos, e incluso los nuestros a través de sus manifestaciones de protesta y sus huelgas. Es preciso tenerlo en cuenta, porque, si se consiguiera crear en el exterior un organismo representativo de la mayor parte de las izquierdas españolas, es seguro que encontraríamos allá más posibilidades de trabajo. La reunificación de la C.N.T. me parece un hecho muy importante para reemprender el diálogo; la reunificación de los partidos republicanos también. Claro está que quedará pendiente otro problema, y no pequeño: el de los comunistas. A mí me molesta decir que soy anticomunista, pero hay que decirlo de alguna manera: desconfío de los comunistas más que de los monárquicos. En cuanto a los demócratas cristianos, yo no tengo inconveniente en ir a su lado en una acción determinada, pues seguramente no se aprovecharán — como han hecho los comunistas — para tirarnos por la espalda.

De todos modos hay que buscar una fórmula que nos permita resolver el problema de los comunistas, pues también coincido en que son una fuerza real. Pero resolverlo como quieren nuestros amigos de veinte años, no, no puede ser. Tampoco yo creo en la rectificación de la Pasionaria y sus colegas, aun cuando pudiera ser sincera. Con la misma sinceridad lanzaron los tanques rusos contra Hungría. Y eso no fue novedad, pues ya en España habían hecho algo parecido. He ahí una experiencia que no podemos ni debemos olvidar. Forma parte, a mi entender, de la riqueza de la emigración española y es preciso hacérsela conocer a las nuevas generaciones para que la futura revolución española no caiga en los peligros de la húngara.

Ahora bien, ¿cómo podemos aprovechar la fuerza comunista en este combate contra Franco? La emigración no lo ha resuelto: está encerrada en un anticomunismo estéril. Creo que, sin converger y sin pactos de unidad con ellos, puede hacerse algo concreto. Bastará explicarnos francamente, y que ellos sigan su camino y nosotros el nuestro.

Félix Carrasquer

Las cosas más importantes que se podían decir en torno a este punto se han dicho ya. De todos modos desearía se tuvieran en cuenta las tres facetas a mi juicio más características del exi-

lio: 1) en relación con el Interior; 2) con respecto a los emigrados económicos; 3) examinado dentro del ámbito del refugiado.

En realidad se han tratado aquí distintos aspectos del primer caso, deduciéndose que el exilio no ha estado a la altura de las circunstancias. Ha vivido mucho de recuerdos, creyendo que, a nuestra vuelta, encontraríamos en marcha la obra del 39. Y mientras tanto, apenas se ha ocupado de cómo vivía España ni de sus perspectivas políticas y sociales. Durante el año 43, estando en el campo de concentración, se me ocurrió hacer un cuestionario pidiendo a mis compañeros opiniones sobre las posibilidades de volver a España, no ya con la caída de Franco, sino aun estando Franco en el poder. Casi todos se manifestaron contra tal posibilidad.

No obstante, yo volví a España, y, a pesar de las dificultades, mi experiencia fue concluyente: en pocos meses, unos cuantos compañeros reunidos, logramos reanimar la organización confederal de Cataluña y Aragón, que llegó a contar varios miles de cotizantes. De retorno a Francia he encontrado la emigración poco más o menos como la dejé: se habla mucho, pero no se hace gran cosa. Ni siquiera se viven al día los fenómenos de la vida de España, y de ahí la dificultad de vincularse a ella con la responsabilidad que los momentos exigen.

Se ha hablado aquí del decaimiento de la oposición, y eso no es justo. Disminuye, claro, la oposición activa, la que combate o se compromete. ¿Por qué? Por las decepciones. Los que han estado diez o quince años en la cárcel, han visto a sus familias en la miseria y no han encontrado en el exilio el apoyo debido, carecen de fuerzas para continuar en la brega; pero no han abandonado sus propósitos.

Con motivo del intento de huelga de reconciliación nacional, los comunistas gastaron mucho dinero, pero, tanto en las fábricas como en las calles, los trabajadores hicieron caso omiso de la invitación porque comprendieron su finalidad propagandística. Sin embargo — y yo mismo lo he comprobado — el espíritu de lucha en el Interior existe, y no solamente en Barcelona, sino en distintas regiones. Lo que falta es que, desde aquí, se dé la tónica y se muestre la responsabilidad precisa.

En manifiestos y periódicos, en mítines y conferencias lamentamos aquí la suerte del pueblo español, atacamos al falangismo que le atenaza y subyuga, hablamos con simpatía de esos trabajadores, hermanos nuestros, que son víctimas propiciatorias y a los cuales hay que liberar. Pero en cuanto vienen a Francia a ganarse la vida, nos olvidamos de nuestras prédicas y los desconsideramos completamente. Luego les hablamos en el tono del 39 —acaso con un poco más de suficiencia— y, extrañados de que no nos comprendan, les tildamos poco más o menos de franquistas. ¿Por qué no estudiamos mejor la psicología de estos hombres y nos aproximamos a ellos para exponerles sencillamente cuáles son sus derechos? Cuando a esos nuevos emigrados económicos se les habla en tono humano y se les plantean sus problemas, es inne-

gable que, en general, los comprenden, e incluso es posible que estén dispuestos a combatir en todos los terrenos.

Hay que pensar, pues, en reducir la distancia que separa de nosotros a miles de emigrantes económicos, pues aparte de presentar un inconveniente desde el punto de vista de la lucha actual, dificulta la formación del espíritu cívico indispensable para el logro futuro de nuestras comunes aspiraciones. Tal vez no tenga mucho valor, como ejemplo, el que yo haya hablado con media docena de estos nuevos emigrados, a los que conozco porque con ellos he estado en España; pero podría aducir otros ejemplos, algunos de Francia, y, uno más concluyente, de Alemania, donde chicos del Interior, señaladamente antifranquistas y con cierta preparación social y cultural, han realizado una labor intensa y cuentan en torno suyo con docenas de emigrados, a los que preocupan — tanto como a nosotros — los problemas de España.

Que en el Interior hay confusión, es natural. Los jóvenes, privados de toda posibilidad de formación social y política, tienen del pasado republicano una idea romántica, y con frecuencia no tienen ninguna idea. Voy a citar el caso de un profesor de Ciencias Políticas, que preguntaba a sus alumnos qué era la U.G.T. y qué era la C.N.T. De los cincuenta muchachos presentes solamente dos fueron capaces de dar una explicación más o menos aproximada, y el profesor, sorprendido, inquirió:

— Entonces, ¿qué es lo que ustedes leen?

A lo que uno de los chicos, quizá más cinico que sus discípulos, respondió:

— Nosotros leemos « Marca ».

Esa es la realidad de la juventud española. De modo que, si queremos influir en su destino, hemos de procurar la captación de las nuevas generaciones. Para ello es preciso mostrar lo que otros amigos han llamado una presencia constante, y ofrecer una pauta: la unidad. Todo será estéril si no empezamos por unificar nuestra acción, pues ya es sabido que cuanto han realizado hasta aquí los distintos grupos—aun costando centenares de vidas—, no ha servido para nada. En cambio, si el esfuerzo estuviera unificado, podríamos disponer inmediatamente de los medios de propaganda que esperan los compañeros del Interior y se podrían movilizar millones de españoles que, en una sola huelga, harían tambalear al régimen. Solamente la unidad —y concluyo— es capaz de canalizar las energías del exilio —que posee muchas— y, como consecuencia, poner en marcha a la opinión del Interior, que, en definitiva, es la que tiene que envolver y destruir el aparato franquista.

Cierre de la segunda sesión

No habiendo más palabras pedidas y acercándonos a la hora que se nos ha señalado, vamos a concluir el examen del segundo punto del orden del día. En él ha habido —a pesar de las indica-

ciones que hemos hecho— desviaciones que dada la amplitud del tema, parecen en cierto modo obligadas. Sin embargo, por lo que se refiere a la cuestión del Partido Comunista, que varios amigos han querido tratar en extenso, la presidencia lamenta que el análisis no haya sido más concreto, queremos decir que no se haya ocupado de la actuación de dicho partido en relación con el exilio. Nadie lo ha hecho. Es de temer, pues, que esta tarde tengamos que perder el tiempo en torno a un asunto que ahora —en vez de habernos entretenido en el juicio de las posibilidades de acción futura y el comentario de la situación internacional en todos sus aspectos— hubiera podido quedar resuelto.

Me permitiré, por consiguiente, hacer unas cuantas observaciones sobre el caso. En primer lugar, los amigos invitados deben tener en cuenta que este coloquio se ha convocado con el fin de hacer un contraste de las distintas opiniones que podríamos llamar españolas —incluidas las de vascos y catalanes— y el Sr. Gardó ha querido ampliar el marco político presentando al Partido Comunista como una de las fuerzas españolas. Naturalmente, ésa es una opinión que respetamos, pero con la cual no podemos estar de acuerdo. Porque, aunque hayan nacido en nuestra propia tierra, los comunistas no obran, no actúan como una fuerza realmente española. De ahí que en la conjunción de fuerzas que se prepara, no es obligado, inmediatamente, contar con ella. Esto no quiere decir que la despreciemos y no haya la posibilidad de que se aproveche en otros aspectos su participación. Pero, por el momento, si queremos realizar una obra positiva, hemos de contar con lo específicamente español.

Después de la guerra civil, que ya pertenece al pasado, el Partido Comunista, a través de su trayectoria en la emigración —que es lo que ha faltado examinar esta mañana— ha demostrado cincuenta veces que no actúa como una asociación típicamente española. En el año 42, por ejemplo, sin habernos explicado todavía la voltereta del pacto germanosoviético, se constituyó la Unión Nacional, es decir, la extensión a España de una consigna de Moscú concerniente a los países del centro y el este de Europa que luego habían de ser democracias populares. Fue una orden. Posteriormente, visto el fracaso de la empresa, rechazada por todos los organismos antifascistas españoles, hubo contraorden, y el Partido Comunista —poco antes encantado de los progresos de la Junta Suprema cerca de ciertos grupos reaccionarios— difamó precisamente a los propios camaradas que habían puesto en marcha aquel tinglado.

Más tarde, cuando todas las fuerzas políticas emigradas se reunieron en el gobierno republicano —una cosa que el Sr. Valera no ha hecho notar— el Partido Comunista hizo mil piruetas para entrar en ese gobierno —y lo logró—, pero Moscú, para no comprometer su futuro, pensando quizá que un día tendría que apoyar el ingreso de Franco en las Naciones Unidas —como ha ocurrido—, no reconoció jamás al gobierno republicano. Pues bien; estando en el propio gobierno, el Partido Comunista armó un gran alboroto contra los que entonces llamaban «entreguistas»,

o sea los que aceptaban el plebiscito o el paso hacia la monarquía, e intentó crear un Consejo Nacional de Resistencia para fomentar la lucha guerrillera. Eso, claro es, cuadraba con la política que en la época seguía el Kremlin, intentando aplicar a España el procedimiento de Grecia, y en semejante empresa —sostenida con un sectarismo escandaloso— el Partido Comunista hundió las mejores posibilidades de actuación que tuvo el antifascismo español. Bastará comparar, como prueba del acerto, la pujanza que había logrado hasta entonces el movimiento clandestino y la repercusión de la Alianza de Fuerzas Democráticas, con lo que quedó después de la campaña guerrillera, tan desproporcionada en el extranjero como poco influyente en el Interior.

Casi al mismo tiempo se produjo la denuncia del secuestro de antifascistas españoles en Rusia: los pilotos y marinos que quedaron allí al terminar la guerra civil. ¿Qué hizo el Partido Comunista? Difamarlos, presentarlos como fascistas. Tanta indignación causó ese hecho que la emigración en bloque se alzó contra los amanuenses de Moscú. Más tarde, el Partido Comunista quiso recuperar las posiciones perdidas mediante la puesta en práctica de la política de reconciliación nacional, de la que ayer dijo un joven aquí que en nada se diferenciaba de la de los demócratas cristianos, digo demócratas cristianos del otro lado, porque los de aquí —los que nos acompañan dignamente en el destierro— no han encarrilado su acción por ese terreno. La política de reconciliación, que tiene aspectos muy válidos, resulta inadmisibles al propiciarla un partido que, además de ser de obediencia extranjera, había montado precedentemente campañas insultantes contra aquellos que indicaban, no ya la reconciliación, sino la simple evolución del problema español hacia una salida democrática. Esa es la razón del fracaso de la huelga de 1958, ante cuya orientación ningún partido u organización antifascista quiso participar.

Ahora, en el último congreso, han prometido rectificaciones, encaminándose, naturalmente, hacia una política más moderada. Al Partido Comunista le interesa más introducirse en el aparato franquista y ganar adeptos en las filas reaccionarias, que favorecer el entendimiento de las fuerzas adversas a la dictadura. Esa política no tiene, pues, nada que ver con nuestras inquietudes, ni creo que pueda tenerlo con las propias inquietudes de los comunistas españoles. La obedecen porque se lo ordenan, y nada más. Es lo mismo que cuando nos ofrecen la mano; lo hacen sin calor, sin un verdadero propósito de colaboración, interesados simplemente por conquistar nuestro silencio. En conclusión, si queremos llegar esta tarde a un análisis concreto, creo que debemos partir de esta premisa: primero, las fuerzas auténticamente españolas, y cuando los comunistas digan o hagan comprender que son y actúan como españoles, entonces nos podremos entender con ellos. Pero mientras sean un simple instrumento de la política de un Estado imperialista y absorbente, la emigración española perderá el tiempo y hará fracasar todas las posibilidades de entendimiento, que es decir las posibilidades de poner fin a la dictadura franquista y restablecer las libertades en nuestro país.

TERCERA SESION

La tercera sesión del coloquio fue presidida por Manuel Fabra, miembro también de la junta del Centro de Estudios Sociales y Económicos, que pronunció las siguientes palabras:

Vamos a empezar el examen del tercer punto del orden del día, o sea que ha llegado la hora de las conclusiones prácticas. Es ahora cuando empieza el verdadero trabajo, si en verdad queremos encauzar nuestros propósitos por una vía de realidad. La discusión que hemos tenido en las dos sesiones precedentes no ha revelado sino lo que sabemos, es decir, que el franquismo continúa en pie, que existe en España una oposición, más o menos resuelta, y que el exilio, a pesar de la larga prueba, mantiene su cohesión y su firmeza. Pero también hemos visto que el exilio puede hacerse crónico. He ahí dos aspectos de una misma cuestión, tan útil el primero como perjudicial el segundo. Luego si tiene gran valor la existencia del exilio como cuerpo organizado, no tiene ninguno el que aceptemos que se eternice. Hemos de salir de esta situación, de la manera que fuere. Sin embargo, no podemos hacernos a la idea de que las fuerzas del exilio, por sí solas, dispongan de los medios precisos para restituir a España ese derecho de que hablaba esta mañana el Sr. Valera, que permitiría al pueblo regirse —dentro del respeto que merece la persona humana— como entienda conveniente. Pues, bien; vamos a ver si encauzamos nuestros trabajos por la senda de la eficacia. Creo que es el momento de comprobar —sin que pretendamos resolver todas las cosas— si somos capaces de laborar con alguna solvencia; o si, por el contrario, persistimos en la incapacidad —aunque nadie quiera reconocerlo— de hallar una salida a la situación de nuestro pueblo. Creo, en fin, que vale la pena intentar este esfuerzo para llevar a buen término lo que representa el gran propósito de todas las individualidades del exilio. Y hecho este preámbulo, queda abierta la discusión.

La opinión del Interior

Conforme decía con respecto al punto anterior, no es posible que las potencias occidentales permitan en España el desarrollo de una acción revolucionaria, y menos de tipo comunista. Se implante o no la monarquía, lo que se impone de manera apremiante es unir las fuerzas populares y, laborando por el restablecimiento de la república, obtener mediante la lucha cuantas conquistas fueran posibles: en el ambiente sindical, en el terreno agrario, etc.

Hay que velar sobre todo porque el sindicalismo no caiga bajo el imperio del Estado, y que la C.N.T. y la U.G.T. establezcan

compromisos y normas que no permitan a nadie la hegemonía del desarrollo obrero. Es decir, que si surgieran nuevas sindicales, demócratacristianas o de otra significación, se sujeten a las normas de reivindicación democrática y se atengan a los acuerdos mayoritarios establecidos libremente por los trabajadores de la nación.

En lo político y social, si los grupos de izquierda saben entenderse y actúan con una conducta firme y sin precipitaciones, ocasión tendrán para ir haciendo impacto en la sociedad capitalista; aunque todo hay que realizarlo de común acuerdo y muy inteligentemente.

No podemos olvidar el lastre que dejó nuestra última lucha y el pánico que ocasionó en el suelo nacional y en otras áreas. Es fácil hablar demagógicamente de sueños y deseos; pero ya hemos visto el resultado en los veintitrés años últimos. Si queremos realizar algo positivo, hay que sumergirse en la realidad y disponerse a extraer de ella un beneficio. De este modo las organizaciones auténticamente populares podrán aprovechar coyunturas útiles y lograrán el apoyo del pueblo. Si, por el contrario, se sigue pensando en realizaciones pasadas y en métodos que no tienen repercusión en la conciencia de las nuevas generaciones, se perderá el tiempo, y, algo más lamentable, se malogrará la transformación política de España y los cambios serán más de apariencia que de efectividad superadora.

Hay otro peligro: el que alguno de los partidos clásicos se asocie —sin considerar las necesidades del país, ni su propio futuro— con las fuerzas de derecha. Mas, de cualquier modo, la salvación de nuestro porvenir reside en la unidad de acción de las corrientes democráticas.

Fernando Valera

El año 1939, esto es, cuando la república tenía todavía medio millón de soldados en armas y una tercera parte del territorio nacional, en la última reunión de las Cortes, celebrada en el castillo de Figueras, ya el gobierno, comprendiendo la gravedad de lo que había pasado en el país con la guerra civil, propuso como base de paz un método de tres puntos. El primero ya no es de actualidad —aunque tiene otra manera de actualidad—, que era la independencia del problema español con respecto a las posiciones de motivación extranjera; el segundo, restablecimiento de un sistema de igualdad de derechos para todos los españoles, y el tercero, someter a la consulta y voluntad del pueblo el sistema de gobierno por el cual quisiera regirse.

Desde entonces, en una serie de declaraciones, de documentos y escritos que sería interminable citar, el gobierno de la república ha venido siempre proponiendo lo mismo, que es el mínimo que podemos pedir y el máximo a que podemos llegar. Se han hecho, pues, todos los esfuerzos posibles para obtener una conci-

liación nacional que permita la realización de la consulta electoral; se ha llegado a todas las concesiones, algunas rayanas en la deslealtad a los principios.

La primera persona que propuso una solución lógica, inteligente, para salir del ciclo de la guerra civil apenas comenzada —va a sorprender lo que digo— fue José Antonio Primo de Rivera. En su testamento político, que todo el mundo ha olvidado, incluso los falangistas, propuso la formación de un gobierno nacional, y llegó mucho más allá que los republicanos exilados, porque, considerando la república como el régimen legítimo del país, reservaba la jefatura del mismo a la persona que, a su juicio, tenía más autoridad e imparcialidad en el país, que era don Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes. Ese gobierno había de estar formado por una serie de elementos de todos los sectores del país: intelectuales, muchos de ellos fallecidos, como los señores Ortega y Gasset y Marañón; políticos, como don Indalecio Prieto; unos generales, etc.

De manera que partimos de dos proposiciones inmediatas, que son como los antecedentes de todo lo que hayamos de hacer. Luego tiene esto muchos matices. Ya hemos hablado del comienzo del Plan Marshall y la gran oportunidad que hubiera ofrecido para la reconstrucción de España. El doctor Negrín escribió a la sazón invitando a los españoles a que entraran en la realización del Plan, y algunos más —aunque en público no podíamos decirlo— intentamos lo mismo. Yo hice precisamente un escrito que fue elevado por dos conductos al propio general Franco, y que, naturalmente, echó al cesto de los papeles con desprecio. «Al cabo de doce años —decía entre otras cosas— España permanece todavía aislada de la zona geográfica, política y económica en que debe desenvolverse, sin desempeñar el papel preponderante que le corresponde. En la esfera interior, porque no se ha podido restablecer el disfrute igual de libertades democráticas para todos los ciudadanos... ¿No es posible que los españoles estudiemos y encontremos un plan que garantice el tránsito ordenado y pacífico a la normalidad por procedimientos democráticos y sin someter el país a una nueva era de convulsiones y revueltas que terminaría fatalmente en una dictadura, fuera absolutista, fuera revolucionaria?»

Esta invitación, hecha a las fuerzas clandestinas y conocida, como he dicho, hasta por el general Franco, no fue atendida. Creo, sin embargo, que estaba justificada. Era entonces presidente de Estados Unidos Truman, y es indudable que quería forzar indirectamente a Franco a que se democratizara o facilitase la democratización del país como condición previa a la aplicación de los beneficios y ventajas económicas del auxilio norteamericano. Desgraciadamente, el cambio de política en Estados Unidos y la iniciación de la triste era Eisenhower, le dio a Franco la posibilidad de obtener unas ayudas regateadas y vendidas a precio muy caro...

De manera que la actitud que nosotros hemos observado ha sido siempre de comprensión y de generosidad. Si no se ha lle-

gado a una solución, no ha sido, pues, por los obstáculos que hayamos podido poner los republicanos. Y créanme que, avenirse a que se someta a revisión la legitimidad es un gran sacrificio, que además, en el seno de nuestras organizaciones y partidos, nos cuesta unas luchas muy violentas, porque la razón de los que defendemos la tolerancia y la comprensión es una razón en cierto modo menguada y disminuida.

Se han ofrecido y discutido diversas fórmulas de consulta electoral libre. Yo soy contrario a la del plebiscito, porque —independientemente de mis razones doctrinales y filosóficas— sé que los plebiscitos no resuelven nada, y menos han de resolver en el problema español, cuyo resultado, en todos los casos, supondría la apertura de un ciclo constituyente. ¿No sería mucho más práctico y prudente comenzar por la convocatoria ineludible de unas Cortes Constituyentes? A tal efecto quizá conviniera aprovechar el precedente y la experiencia de Italia y combinar en un solo acto electoral la decisión sobre la forma de gobierno y la elección de la Cámara Constituyente. Pero, de un modo u otro, antes de que se llegara al plebiscito, a la elección de tal o cual suerte, hay que hacerlo posible, pues no basta que nosotros digamos lo que queremos, sino que tiene que imponerse su necesidad.

En mi opinión, la manera eficaz de propiciar y aun de imponer la consulta libre del país, no consiste precisamente en forjar un pacto en un terreno común inexistente de fuerzas monárquicas y fuerzas republicanas, que no tienen terreno común, y con ciertos sectores de las organizaciones obreras. Se trata más bien de saber si la inmensa mayoría de los españoles somos capaces de elevarnos a un ideal común, desde donde pueda contemplarse desinteresadamente el problema de la salvación del país. Porque lo que se ventila no es nada más ni nada menos que eso: la salvación y aun la permanencia de España como comunidad política. Si existe esa voluntad y ese aliento, todo será fácil y hacadero; si no existe y todos nos empeñamos en limitar los horizontes reduciendo la cuestión al marco propio del doctrinarismo o partidismo, entonces «no habrá otro resultado —y esto lo decía hace diez años— que la continuación indefinida de Franco, hasta que la tiranía se disuelva en el caos, y con ella España.»

Plantéase inmediatamente un problema, y no existe solución, aunque veo que los amigos del Interior que nos escriben la apuntan: la restauración de la monarquía. Esta ha sido una discusión que yo he tenido reiteradamente con elementos del Interior con quienes he dialogado sin mayor fortuna de convencerles. He de añadir, lo mismo que les he dicho a ellos, que yo no creo en la capacidad de las fuerzas monárquicas para resolver la etapa provisional, ni aun contando siquiera con la abstención de los republicanos, con la tolerancia de los republicanos, porque, desde luego no pueden aspirar a que nosotros prestemos nuestra colaboración. La monarquía, como institución, como ideal político es respetable, si se apoya en la voluntad del pueblo, aunque, como he dicho, yo no la serviría. Ahora bien, independientemente de lo que representa la monarquía, lo cierto es que los monárquicos

han sido hasta aquí el estorbo en el camino de la salvación, por su pretensión inaceptable de querer heredar a Franco. Con Franco, sin Franco o contra Franco, según los casos, pero nunca con el pueblo. Esa pretensión irrazonable es la que ha impedido que se pueda formar el movimiento liberador y se cree la alternativa que el mundo ha venido pidiendo a los españoles como condición *sine quo non* de la rehabilitación internacional. Esto es lo que me interesa subrayar como republicano. No creo en la posibilidad de la fórmula monárquica transaccional; creo, además, que es peligrosísimo ese camino, pues, al fracasar, podría entregar definitivamente el problema español, en lo que tiene de popular y nacional, a la soviétización.

Frente a esa aventura, los postulados esenciales de la solución transitoria podrían ser: 1) el propósito sincero de todas las fuerzas nacionales que puedan coaligarse, de respetar el resultado de la consulta libre a la voluntad popular; 2) el respeto a la independencia de España, para que sea ella la que fije su propia política internacional cuando se haya constituido como pueblo libre, y 3) el compromiso por parte de todos de respetar de manera permanente los derechos y libertades iguales de todos los españoles en el ejercicio constante de la democracia como sistema político. Estos tres principios limitan claramente, a mi ver, el área de un movimiento capaz de levantar al país y de imponer una salida ordenada y pacífica a la situación actual, que no puede perdurar indefinidamente contra el pueblo y contra el mundo.

Sentados estos precedentes, en el orden de la realización de los mismos he hablado esta mañana de cómo podríamos coaligar las fuerzas, cómo se va a hacer, por ejemplo, la convivencia con determinado partido, en el que unos tienen confianza y del que otros tienen recelo. Es un problema verdadero, no artificial. En nosotros, más que en ningún otro pueblo existe —hemos de hablar claro, pues que es una hora de sinceridad— un reflejo de desconfianza muy justificada con el Partido Comunista. Las últimas actuaciones del Partido Comunista no nos incitan tampoco a desarmar ese reflejo, porque veamos, por ejemplo, el caso de Cuba, al que nos hemos referido ya varias veces. El primer acto de persecución que se realiza en Cuba contra un elemento de izquierda, es contra un republicano español, el coronel Uribarri, socialista y revolucionario, encarcelado por el régimen castrista a los pocos días de infiltrarse en su dirección los comunistas. En Cuba nuestros compatriotas pasan dificultades. Yo no entro en los problemas internos de ese país; no quiero ofender ni menoscabar el prestigio de Castro, sino significar que el comunismo, teniendo la oportunidad de demostrar su deseo de convivencia con otros sectores o fuerzas de izquierda, persiste en sus vicios y sus errores. Esto me hace pensar en la imposibilidad de que distintos de los sectores a que pertenecen los amigos aquí reunidos, admitan en esta etapa concreta una acción orgánica común con el comunismo.

Yo no veo, pues, más que un camino, que es el señalado esta mañana: ponernos de acuerdo los que somos capaces de ponernos

de acuerdo, y que la otra fuerza, de una manera convergente, con acciones e iniciativas suyas, vaya combatiendo igualmente al franquismo. Si en ese combate hay lealtad, se restablecerá la confianza sobre la acción y, por lo tanto, la coincidencia posible del día de mañana; coincidencia que —como dije en mi intervención precedente— está supeditada a lo que pase en el mundo, porque no sería la primera vez que fuerzas internacionales que se consideran incompatibles, lleguen a unirse. No cabe decir de una manera absoluta: la alianza con los comunistas es, en principio, radicalmente imposible. Porque ya ha sido posible en el pasado y acaso las circunstancias puedan hacerla aconsejable y posible en el futuro.

En resumen, yo me atrevería a proponer que el Centro de Estudios Sociales y Económicos, de su propio seno, constituyera unas comisiones que estudiaran los puntos concretos que surjan de los diferentes criterios aquí expuestos y que este diálogo, que es de carácter general, y por eso tiene que ser amplio, pueda realizarse en fecha más o menos próxima sobre puntos ya muy concretos y sobre ponencias estudiadas, preparadas y sometidas a este coloquio, que no debe terminar. Esto debe ser la iniciación de un período de convivencia de las fuerzas del exilio con las del Interior para trazar y realizar el plan de salvación nacional.

Bernardo Merino

Me parece que lo más importante de este coloquio sería su continuación, pues no creo que, después de los años que han pasado sin confrontación entre los militantes de las distintas corrientes antifascistas, podamos, hoy, de buenas a primeras, llegar a una coincidencia completa. La continuación de este coloquio nos obligará ante todo a sentar las bases de lo que pueden ser principios de acción posterior. En este aspecto concreto, yo voy a tratar de resumir el pensamiento de unos cuantos amigos que, como no podían venir todos, me han facultado para expresar su opinión. Pero antes voy a referirme de manera particular a un problema que, a mi juicio, deberíamos dejar ya excluido de nuestras deliberaciones en torno a las corrientes de coincidencia que puedan existir en el antifascismo español. Si tratamos de hacer obra eficaz, si queremos entrar de una vez en camino seguro, que nos facilite un desenvolvimiento positivo en España, tendremos que prescindir, necesariamente, del Partido Comunista. No somos anticomunistas por el simple hecho de serlo, sino por hondas razones doctrinales, y también porque, en cuantas ocasiones se ha llegado a conversaciones o contactos con ese partido, siempre se ha manifestado hostil y desleal. Tenemos, además de lo ocurrido en España, la experiencia de los días de la liberación de Francia, en que la obra colectiva del antifascismo español emigrado fue destrozada por la demagogia y el oportunismo de la

Unión Nacional, instrumento arteramente colocado por encima de los intereses del pueblo hispano.

Dicho esto me remitiré al punto que es objeto de examen esta tarde, entendiendo indispensable que estudiemos desde ahora las corrientes de aproximación y coincidencia capaces de garantizar el porvenir, pues difícilmente podría ser realidad lo que deseamos si, desaparecido el régimen de Franco, no hubiésemos llegado a un entendimiento sobre la «acción futura inmediata»; correríamos más bien el peligro de que otras fuerzas, o las mismas con diferentes collares, siguieran encargándose de mantener a España en el estancamiento nacional e internacional, quedando en pie los vergonzosos intereses creados y dando lugar a que persistieran todas o la mayor parte de las injusticias que caracterizan al régimen que combatimos.

En primer lugar, como es natural, nuestros esfuerzos han de tender en lo inmediato a acortar la vida del franquismo, hasta terminar con él. Sentado este principio, parece elemental que, sin desestimar la utilidad posterior de contactos con fuerzas políticas cuyos intereses se hallan frecuentemente vinculados con el franquismo (las derechas españolas, por ejemplo), sellemos previamente la unidad de acción entre las fuerzas antifascistas. Creer que un solo partido de izquierdas es capaz de encontrar solución al problema español mediante un pacto con las derechas, nos parece un error de apreciación que no puede conducir a ningún resultado positivo.

¿En qué aspectos podría, pues, fundarse nuestra coincidencia en la primera fase del problema? En establecer de conjunto un plan de lucha y armonizar con el Interior las respectivas actividades, con objeto de: 1) aportar a los organismos clandestinos la ayuda económica y cuanta colaboración soliciten; 2) poder informar en el extranjero de las verdaderas características de la situación española; 3) conseguir la más amplia solidaridad internacional; 4) influir positivamente cerca de los obreros que la miseria arroja constantemente fuera de España; 5) cumplir, en fin, los deberes que, por razones que no son del caso, venimos eludiendo o descuidando desde hace varios años.

Pero, liberada España, no habrá terminado nuestra misión. Para todos los pueblos, y para el nuestro en particular, la «convivencia en un clima de respeto mutuo y de progreso» sólo puede conseguirse si se manifiesta en la vida del país una actitud constante de verdadera justicia social. Sin pérdida de tiempo hemos de estudiar, pues, lo que indispensablemente debe renovarse en nuestro país: las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la función del ejército, los problemas relacionados con la industrialización, la agricultura, la enseñanza, etc. Para triunfar en esa obra de renovación, será necesario oponer a los intereses de las clases privilegiadas una actuación que, por su honradez y su realismo constructivo, permita ganarnos la confianza del pueblo.

Nuestra pobreza nacional, con ser legendaria, no refleja una verdad irreversible. España es rica de sus brazos sin empleo, de

sus tierras incultas, de sus riquezas minerales poco o mal explotadas, del sacrificio que sus hijos están dispuestos a consentir para que se transforme en una nación moderna donde todos los ciudadanos tengan derecho a una vida justa y decente. Es rica también de lo que se malgasta en beneficio de unos pocos, en vez de ser aplicado a las necesidades de la colectividad. No se trata, pues, de recobrar simplemente las libertades perdidas, sino de afrontar el porvenir en función de lo que son verdaderos problemas de España, en función de lo que puede y debe encaminarnos hacia el progreso peninsular. En conclusión, sometemos a consideración de los amigos aquí presentes el esbozo de un plan destinado a favorecer la rápida mejora de las condiciones de vida de la nación, estimando que la España del mañana debería emprender, en el grado máximo que las circunstancias lo permitieran, una serie de medidas positivas e ineludibles que dividimos como sigue:

En el orden de saneamiento del Estado: 1) denuncia del Concordato y separación de la Iglesia y el Estado; 2) transformación paulatina del ejército en un cuerpo de voluntarios, reducido al mínimo indispensable; 3) reforma del aparato judicial y de los cuerpos de Seguridad, Guardia Civil y Policía; 4) reestructura de los servicios administrativos para eliminar la burocracia superflua que roe los estamentos del Estado y la nación.

En el orden político y social: 1) libertad de prensa, de asociación y de reunión; 2) respeto de la personalidad y características propias de cada región; 3) aplicación de medidas sociales que garanticen el pleno empleo de la mano de obra, la seguridad física, moral y humana en el trabajo, los subsidios familiares, las pensiones de accidente de trabajo, vejez incapacidad, etc.

En el orden de la enseñanza: 1) reforma de la instrucción pública en todos sus niveles, dándole el verdadero carácter de independencia que le permita cumplir su función; 2) creación de centros de aprendizaje y de formación profesional, para que el país pueda disponer de la mano de obra técnica y especializada indispensable al progreso económico, industrial y agrícola de la nación.

En el orden de las realizaciones generales de interés público: 1) estudio y aplicación de planes de irrigación y de repoblación forestal; 2) reforma agraria que permita la explotación de la tierra hasta la última parcela productiva; 3) modernización de las vías de comunicación (por carretera, férreas, fluviales y aéreas); 4) construcción y modernización de pantanos; 5) explotación racional de las riquezas del subsuelo; 6) medidas para que la explotación de las riquezas industriales y agrícolas del país, se realice de acuerdo con las posibilidades modernas: renovación de la maquinaria, planificación de la producción, etc.

Antonio Gardó

Creo que hay que tomar un poco el aire de la tierra, es decir, caer del cielo y posarse en la tierra. Porque, claro está, todo

lo que se ha dicho es muy interesante para después de echar a Franco. En el año 1959 yo asistí a un coloquio europeo de los profesionales de la enseñanza y, para demostrar la supremacía de la concepción occidental sobre la oriental, se decía que Buda miraba al cielo y no vio a los hombres, y que Cristo vio a los hombres porque estaba muy cerca de ellos. Pero entonces yo le dije al orador que Cristo estaba en la cruz, estaba también un poco alto y era necesario, no ya crucificar muchos Cristos, sino que los Cristos quedaran en la tierra, en contacto con los hombres. Si hubiéramos reflexionado sobre el informe enviado del Interior, encontraríamos ahí los puntos fundamentales de nuestra política. Para organizar algo hemos de preparar el clima, y hay que coger lo que tenemos a mano. Hablar incluso de un gobierno creo que es prematuro.

Vuelvo, pues, al informe del Interior, que insiste sobre dos puntos: unidad sindical y unidad de las fuerzas populares. Eso es lo que nosotros podríamos estudiar hoy. En el aspecto sindical tenemos solamente tres elementos: la C.N.T. y dos U.G.T. La C.N.T. y la U.G.T., una, ya han dado un paso hacia la unidad. Si mañana esa especie de alianza se transforma en unión, la segunda U.G.T. se ha de disolver, porque no tiene más remedio. He ahí un hecho positivo. Sin la unidad del movimiento sindical no hay posibilidad de esfuerzo de continuidad de la revolución española. Por muy de acuerdo que se pongan los partidos políticos, si no se tiene confianza en los equipos directores de España, la clase obrera hará huelgas para reivindicar su derecho a comer como es debido. Y la clase obrera, no queriendo ir contra una concepción nueva, pero pretendiendo comer como es debido, podrá imposibilitar la consolidación de todo régimen. La forma de evitar el enfrentamiento de los obreros con el régimen, consiste en reconocer sus derechos esenciales. Logrado esto y reunidos los trabajadores en una sola central sindical, sin ninguna dirección de tipo político, todo lo que se haga después en España tendrá duración. Eso es muy importante. Porque el problema que se plantea no es sólo derribar a Franco, sino que el régimen que queramos instaurar dure y no volvamos a deshacernos en luchas intestinas al estilo del siglo XIX.

Si no nos dormimos en los laureles, si no tenemos miedo a ir a la lucha —lucha sindical y ciudadana de todos los días— y sostener nuestros principios, la nueva organización será garantía de que el pueblo español haya encontrado una vía en la cual el hombre que trabaja pueda disfrutar del derecho a comer y a descansar como todo el mundo. No hay español que salga de España y que tenga preocupaciones de orden sindical, que no diga lo mismo: o se logra la fusión o no habrá nada que hacer. Porque, como es natural, todo lo que hoy es sindicalismo vertical tendrá que meterse en algún sitio. No sé dónde será, pero temo que no sea en la C.N.T. ni en la U.G.T., a no ser que éstas se empeñen en competiciones demagógicas para reclutar más afiliados. La fusión evitaría la pérdida de tiempo en luchas de

influencia e imposibilitaría que surgiera una cuarta organización, tal vez más fuerte que las otras tres.

El segundo aspecto a que alude el informe del Interior es el de la unión de las fuerzas populares de carácter antifranquista. Estoy de acuerdo, y no hay que eliminar a nadie de la unión si no se elimina él mismo. Recuerdo que, cuando Checoslovaquia estaba a punto de ser invadida por los alemanes, los Estados Mayores aliados y ruso empezaron a discutir cómo iban a defender la independencia de ese país. Entonces Rusia propuso enviar las fuerzas necesarias, pero, claro está, sus fuerzas habían de pasar por Polonia, a lo cual se negaron rotundamente los Aliados. Es el mismo caso que se plantearía si mañana, en un acto de fuerza contra el franquismo, tuviéramos que decir en la calle donde se alzarán las barricadas:

—¿De qué partido es usted? Muestre su carnet.

—Yo soy...

—Entonces usted no tiene derecho a perder aquí la vida, porque esta barricada es del partido A o B.

Me parece que en este aspecto no hemos aprendido nada, que la emigración no nos ha enseñado nada, que continuamos como en el año 40. El compañero que nos ha escrito del Interior, no elimina a nadie de los que quieran luchar contra el franquismo. Y esto es precisamente lo que debe hacerse. El ejemplo sindical puede servir de reflexión a los partidos políticos para que se pongan de acuerdo. Claro que es más difícil reunir doce representantes que dos o tres. Y aún no estoy seguro de que se trate de doce, puede que sean trece o catorce o más, aunque haya quien pretenda que sólo deben intervenir en la discusión los partidos clásicos. ¿Y los surgidos después? Además, con frecuencia se da la denominación de partidos a partiditos o corpúsculos sin gran significación, que no representan en realidad una mínima parte de lo que puede o debe ser la voluntad popular española. Pero incluso así, cuantos más corpúsculos haya tanto más vigoroso será el cuerpo y cuantos menos «antis» o menos motivos de fricción encontremos en el campo antifranquista, muchas más facilidades habrá para lograr la adhesión del pueblo. No pedimos, pues, a nadie que se fusione como los obreros, porque los intereses son distintos. No pedimos tampoco a nadie que deje de ser socialista, anarquista o republicano, sino que se sume a un esfuerzo. ¿No nos sentimos demócratas? ¿Por qué tenemos que poner impedimentos a esa voluntad popular expresada en los deseos de combatir contra el franquismo y que los apartemos como los alemanes a los judíos, colocándoles una marca? Además, amigos, hay un problema psicológico que se plantea: ¿quién ha hecho más comunistas que los anticomunistas? Porque, examinado solamente el caso cubano, si, cuando surgió la revolución castrista, Estados Unidos hubiera comprendido el problema, no hubiese habido introducción comunista. Ah, pero Estados Unidos es muy liberal cuando no le tocan sus intereses; desde el momento en que la revolución pretendió evitar los monopolios

y hacer una distribución de la tierra, entonces se la motejó de comunista. Si a todos los que se levantan contra un gobierno cualquiera —como el mismo Galvao— se les declara comunistas, es natural que el que sufre hambre y vejaciones se identifique con ellos.

Todo quien tenga convicciones bien arraigadas debe aceptar el sentarse a la mesa con quien sea, sin miedo al contagio. Ese miedo es lo que crea el anticomunismo. Si entramos en una alianza con ánimos de ser tan activos como el primero, no creo deba intimidarnos nadie; pues, al contrario, quedarían los demás —como he dicho ya— eliminados por nuestra actividad. Y en cuanto a lo que se haga en España, caído Franco, creo que no nos interesa propiciar en seguida un plebiscito, porque lo perderíamos. El plebiscito, o lo que sea, ha de venir después, cuando la gente esté en condiciones de distinguir entre una y otra cosa. Para concluir, me asocio a la idea de que este coloquio tenga como prolongación la creación de comisiones de estudio que preparen seriamente los distintos planes esbozados.

Juan Bernat

Me parece que estamos ahora en el cogollo del problema. Pero lo que también parece cierto es que no tenemos tiempo. Voy a intentar sintetizar mi pensamiento. Primeramente, el problema es táctico, no es doctrinal. Dejemos de lado república, monarquía, etc. Porque si a los de la C.N.T. se nos dice: ¿qué sois: monárquicos o republicanos? nos ponéis en un brete. No sabremos qué responderos. Que los republicanos sean republicanos y que el gobierno continúe manteniéndose en París, como tal gobierno, para mí, excelente. Pues ¡no faltaba más que desapareciese el símbolo de lo que, desde el punto de vista internacional, representa la legalidad de un sistema que fué aplastado por una insurrección facciosa! Pero creo que los amigos republicanos tendrán que convenir con nosotros en que, al margen del gobierno republicano, se puede trabajar en el orden táctico. Creo que éste es el verdadero problema, el pragmático, el cotidiano...

(El Sr. Valera; creo que todo lo que yo he dicho se ha encaminado a eso, exponiendo de qué manera los republicanos hemos sabido dejar de lado nuestra legitimidad y nuestro derecho para buscar una nueva táctica, que es lo que los demás no han hecho.)

El amigo del Interior, como muy bien ha dicho un orador, sitúa el problema en sus dos aspectos fundamentales. Pero yo no puedo dejar en el aire la creencia, para mí un tanto infantil, de que existen hoy posibilidades de fusionar a la C.N.T. y a la U.G.T. Este es uno de los tantos deseos románticos y quizá el que os habla sea de los más pertinaces defensores de la fusión sindical, no de la alianza, sino de la fusión. Tengo razones perso-

nalísimas y doctrinales para creerlo así y para estar persuadido de ello. Pero la realidad me dice que, hoy por hoy, la fusión sindical es imposible. Así, pues, uno de los puntos descartado.

Vayamos al trabajo práctico: hay posibilidad de una alianza, de una lucha común, es decir, de una coincidencia entre ambas sindicales, pero fusión, no. Y me remito a los amigos socialistas para ver si es necesario que yo insista en el problema. Ahora bien; lo urgente es que las fuerzas del exilio han de asociarse, han de converger. Si nos enzarzamos en teorizar sobre programas políticos inmediatos o mediatos, creo que perderemos el tiempo. Lo interesante, lo esencial para mí radica en deducir de las posibilidades actuales todo aquello que nos asocia, todo aquello que nos une y, por eliminación, ir dejando de lado los obstáculos, uno de ellos, por ejemplo, el del Partido Comunista.

Yo no creo en el anticomunismo rabioso de algunas gentes. Soy anticomunista por convicción ideológica, que es muy distinto. Pero no se me escapa tampoco que el mundo occidental determina en la política ibérica de una forma incuestionable, y que, incluso desde el punto de vista oportunista, no son necesarios los comunistas en una posible conjunción de fuerzas antifranquistas: nos estorbarían más que nos beneficiarían. Lo que haremos mañana... coincido con el Sr. Varela; la experiencia me ha demostrado que, en política, cerrar las puertas al porvenir es iluso. Si España fuera Egipto, es muy posible que tuviéramos una solución: el neutralismo. Es decir, mantenerse en la equidistancia entre los dos bloques y obtener de ambos las ayudas económicas necesarias para reconstruir el país. Pero, ¿es posible en la Península Ibérica el neutralismo? En mi opinión, no. Si estuviésemos fronterizos a Polonia, yo diría, desde luego, que muchísimo menos. Porque estaríamos satelizados hace mucho tiempo.

¿Qué hacemos, señores, con tanto llenarnos la boca de geopolítica, si resulta que desconocemos que la Península Ibérica se encuentra al extremo occidental de Europa y que jamás los norteamericanos permitirán un régimen de tipo comunista? Entonces, si realmente queremos que en España se abra un período de liberalismo (no ya de revolución, como ha dicho alguien) no podemos dejar mecernos por el romanticismo novecentista y pensar que los hombres liberales del mundo actual obran con espíritu de generosidad. Hace un siglo existía cierta generosidad en los hombres de Estado, hoy no. Hoy todo es un juego de intereses y de bloques, y nosotros, si queremos ser realistas, es cosa también de juzgar el problema con realismo.

Es innegable que entre el exilio y el Interior no hay una perfecta correlación ideológica y táctica en cuanto a la solución del problema español. La prueba está en la forma en que los amigos jóvenes de allá manifiestan sus inquietudes, que a veces nos chocan. Y no es que nos choquen, sino que existen órbitas de pensamiento que no han estado comunicadas y casi podemos decir que nos desconocemos. Ahora empezamos a conocernos. Si

el Interior tiene vías de acción distintas de las del exilio, no por ello han de ser forzosamente incompatibles. Dejados a los del exilio hacer lo único que podemos hacer, porque no pretendéris los del Interior que los hombres de 50 años vayan al maquis. Entonces, esos hombres, a los cuales reconocéis cierta madurez política —cosa relativa, porque los hay maduros, pero los hay muy verdes todavía— pueden actuar en el terreno internacional al objeto de abrir esas puertas que nos son tan indispensables como las otras para luchar en el interior de España, y que no pueden abrirse sino desde el exilio. Y no ya desde Francia, sino desde otros sitios y tal vez mucho mejor desde América. ¿Por qué? Quizá porque los recursos económicos están allí y no aquí.

¿Ponencias? Dejad correr las ponencias. ¿Para qué queréis ponencias de lo que haremos o lo que dejaremos de hacer? También yo había pensado en esas ponencias, pero como no es posible, porque el tiempo apremia, lo importante será conservar el contacto. En vez de ponencias, lo que debemos hacer cada uno de nosotros es trasladar a nuestras propias organizaciones o partidos estas inquietudes y acelerar el proceso de unión. De lo contrario, no se hará nada. O se hará, quizá, otra especie de movimiento como los muchos que ha habido. Por ese camino no podemos continuar, pues tales movimientos, además de servir a menudo de refugio a elementos dudosos, no obedecen a una estrategia de orden general, que sólo corresponde a los partidos y organizaciones reunidos el manifestarla y determinarla.

Seamos por una vez —y que se me perdone el vocablo— hegelianos. Hagamos la síntesis. Los republicanos han dado ya muestras de transigencia al decirnos que tácticamente están dispuestos a trabajar. Nosotros, los cenetistas, no sé hasta dónde podrá llegar la Organización —pues no estoy autorizado para decirlo—, pero creo que hay deseos de hacer concesiones, porque también hemos de hacer concesiones. Pero los mismos problemas que tienen ustedes, los tenemos nosotros con una porción de amigos y compañeros que no comprenden ciertos problemas, que son evidentes para nosotros, pero no lo son para ellos. Y claro, oponen una cantidad enorme de diletantismo de escuela a las realidades presentes y hemos de pasar por ello. De ahí que la marcha sea lenta, fatigosa. Pero si entramos en el plan de síntesis, creo que habremos de hacernos concesiones mutuas importantes. Y para llegar a las concesiones, cuyos detalles deberán ultimar los partidos y organizaciones, hay que propiciar la reunión de éstos en una mesa redonda cordial, como estamos aquí.

Las dos tácticas: la de la evolución y la de la revolución, pueden también sintetizarse. ¿Por qué no? Yo no excluyo a priori ciertas labores de tipo revolucionario en España; como no excluyo que en el Interior pueda haber partidos y organizaciones que trabajen conjuntamente con los comunistas. ¿Cómo vamos a negarles ese derecho? ¿Con qué autoridad podemos oponernos a que el Interior contribuya al derrocamiento de Franco con labores de tipo revolucionario? Ahí veremos si el exilio sabe comprender hasta dónde pueden llegar los excesos y hasta dónde no deben

llegar, y para eso es imprescindible que los partidos y organizaciones determinen su estrategia general. El problema, repito, no es doctrinal; es táctico. Las doctrinas hemos de dejarlas ahora de lado. Si creéis que debemos continuar dialogando, hagámoslo. Pero me parece que lo que urge es —como he dicho antes— que los partidos y organizaciones se reúnan en mesa redonda. Ya se hablará entonces de ponencias y de muchas otras cosas.

Gastón Leval

Las distintas intervenciones que han tenido lugar nos han convencido, para alegría de todos, y en particular para mí, de la buena voluntad, del deseo sincero de llegar a un común acuerdo. Ya esto es mucho. No estamos en las alianzas falsas de ayer, llenas de trampas y de segundas intenciones. Pero, discrepando con lo que acaba de decir nuestro compañero, considero que es de aquí de donde la labor ha de partir. Precisamente porque aquí hemos sabido, a pesar de discrepancias en puntos importantes, crear este común estado de espíritu. Dudo que, aisladamente, podamos convencer a las distintas organizaciones a las cuales pertenecemos. Creo más bien que este núcleo, donde se encuentran y se enfrentan todavía pensamientos distintos, debe, al contrario, robustecerse. Debería, como se ha pedido, nombrar comisiones de estudio y proponer soluciones u orientaciones. Podría decirse que yo empiezo por el fin, pero mantengo la necesidad de que no se rompa el diálogo entablado ahora, que nos reunamos de nuevo, ya en comisiones, ya en otros coloquios que podrán ampliar su ámbito y ganar cada vez más influencia en los distintos ambientes. El punto de partida está aquí y, si nosotros lo soltamos, temo mucho que no habrá nada.

Ahora bien; haré algunas consideraciones que, tal vez, como otras muchas que se han hecho, sean en parte inútiles. Se han expresado aquí, en general, dos tendencias. Una, política, que considera el derrumbamiento del franquismo inminente y prevé el establecimiento de un gobierno democrático; otra, económica, para cuya aplicación la fusión sindical podría ser un factor esencial. Recordaré que, en 1931, cuando se proclamó la república, hallábame en Rosario (Argentina), donde el Centro Republicano me invitó a exponer mi opinión sobre el nuevo régimen. Y dije: «con proclamar un gobierno que asegure las libertades, se ha hecho muy poco; la república, de dos cosas una: tendrá un carácter social o no será viable.» Desde el año 45 vengo repitiendo lo mismo, y ya dije esta mañana, aun pareciendo sospechoso a ciertos compañeros, que debemos entendernos o estaremos condenados a morir en el exilio. No importa que perezcamos en el exilio; lo que importa es lo que el pueblo español sufre y seguirá sufriendo. Y para hallar una solución común, que haga viable el régimen que ha de seguir a Franco, estamos obligados a hacernos concesiones mutuas, como ha dicho Bernat.

Los republicanos deben abrir su mente a la conclusión de que si no hay una transformación social, dentro de ciertos límites, su república estará condenada, porque no podrán impedir que las multitudes hambrientas del campo y las ciudades de provincias se subleven, y entonces vendrá un tercer generalote a destruir el régimen. Estamos así condenados a entendernos también en nuestra labor de porvenir. Los demócratas españoles han de ir más allá de la república burguesa tradicional, de la lucha de clases tradicional, de la explotación de los campesinos y los trabajadores, aun cuando sea complaciente con los pequeños propietarios. Y por otra parte, nosotros, anarquistas, comunistas libertarios ¿en qué situación nos encontramos? En principio —aquí expongo un criterio personal, tal vez en contradicción con muchos de mis compañeros— debemos admitir la existencia de un gobierno y un Estado. Esto no implica que, renegando de nuestros ideales, hubiéramos de tomar parte en ese gobierno o ese Estado, sino que, al margen de ellos pudiéramos realizar una obra de contenido social bajo normas nuevas; lo que en parte se hace, por ejemplo, en Palestina, coexistiendo las colectividades agrarias con la organización capitalista de las ciudades.

Si no se sabe buscar un rumbo de esta clase, una solución en gran parte inédita, adaptada a la realidad española, todo será baldío. No hay que olvidar que la vida económica de España depende de su geografía, su geología e incluso su meteorología, que determinan que haya o no haya cosechas. Si no sabemos hacer frente a esa situación especial de una población que aumenta a razón de 300.000 habitantes por año, que tiene ¡a pesar de los muertos de la guerra! treinta millones, cuando en 1936 tenía veinticuatro. Si no sabemos enfocar esto, amigos, tal vez podamos derrumbar a Franco, pero —repito— tendremos el peligro —al cabo de uno, dos o tres años— de que venga otro Franco y no habremos resuelto nada.

Desde luego, en lo que expongo no hay condición *sine qua non* de colaboración. No. Adelanto simplemente unas ideas, como otros habéis aportado las vuestras. Creo, en fin, que interesa nombrar comisiones para que, con la sutileza, la inteligencia y la flexibilidad debidas, se prepare la constitución de ese frente donde todos luchemos, juntos, codo con codo, como hermanos.

José Pallach

En realidad, después de la intervención del compañero Leval —con todo cuanto ha dicho estoy casi enteramente de acuerdo— es preciso limitarse a los problemas de orden táctico que tenemos planteados. En primer lugar creo no es oportuno insistir hoy en la necesidad de la unidad sindical. Me parece, al contrario, un gran error. Debemos insistir, eso sí, para cristalizar, dar fuerza, dar vida a la alianza sindical, que está en marcha. Este es el ver-

dadero elemento de combate, y además el instrumento que puede realmente hacerse cargo de los problemas creados por la existencia de la Central Nacional Sindicalista. Después, naturalmente, la proyección de este hecho obligará a plantear la necesidad de la unidad sindical. Hacerlo aquí, desde el exilio, no tendría, a mi entender, eficacia. Jugar sobre la base de la alianza supone atenernos a una realidad. En esto debemos estar todos de acuerdo.

Hay, en cambio, otros problemas que aquí se han matizado de modo distinto y yo no creo que sean puramente tácticos. Más bien son revolucionarios. Esa es la verdad. Sin embargo, se nos impone, al menos por el momento, una táctica que no puede ser revolucionaria, porque no hay —y de esto estamos convencidos todos— un clima, una tensión revolucionaria. Si la hubiera el día de mañana jugaremos sobre estas realidades. Ahora hemos de encontrar una táctica, y, en este sentido, ha habido ya conjunciones, acuerdos importantes. Los republicanos han adoptado una fórmula que se resume en el gobierno provisional o de unión nacional. Y los socialistas aceptan más o menos esta perspectiva, discrepando en lo del signo institucional, pero un gobierno provisional es indudable que ha de haberlo para salir del paso. Yo creo además que esta táctica puede ser ofrecida a las derechas —si hay suficiente tensión revolucionaria— como un instrumento de convivencia. Ahora, lo que yo no creo —y lo digo sinceramente— es que esto deba ser simplemente un propósito, como ha venido siéndolo desde hace muchos años. Debe ser la expresión de una plataforma que ofrezcamos a las derechas que se plantean el problema de la convivencia a que aludía el Sr. Valera.

Ahora, ¿cómo vamos a convencer a nuestras gentes —no a las derechas— pidiéndoles simplemente votar? Sr. Valera: a mí me ha parecido muy noble el planteamiento que ha hecho usted al decir que todo el mundo tiene derecho a escoger su régimen político, menos los españoles. Pero ha de tenerse en cuenta que a los propios españoles no les interesa, en general, escoger solamente, poner en la urna una papeleta con monarquía o república. Y no me refiero a las masas campesinas, porque éstas casi sería normal que vivieran al margen de cuestiones políticas, sino a sitios donde ha habido constantemente cierta opinión y corrientes políticas, como es el caso de Cataluña. Hoy, en realidad, no podemos movilizar a esta opinión a base de la elección entre monarquía o república. Hay que movilizarla, y creo que éste es nuestro deber, mediante unos puntos que agrupen los grandes problemas de la Península.

(El Sr. Valera: coincido con usted; lo que pasa es que yo no podía desarrollar ese aspecto, que debían hacerlo los demás.)

Creo que realmente tenemos esta cuestión planteada y no se puede rehuir de ninguna de las maneras. Los problemas de la Península son de dos órdenes: revolución económica y transformación profunda de las estructuras políticas. Hay, por ejemplo, nacionalidades distintas oprimidas por un Estado, y esto aparece incluso cuando sólo se ha querido ver una táctica, por-

que realmente estamos de acuerdo en el principio del gobierno provisional, pero catalanes y vascos reclamamos para nuestros países lo provisional y nos vemos incapaces de defender otra cosa. No podemos movilizar a nuestra gente sin esa garantía. Por lo tanto creo que hay que elaborar unos puntos concretos y que la conjunción de fuerzas que pueda representar al exilio debe hacerse intérprete de ellos.

¿Es posible la conjunción? Yo creo que sí. Respecto a la C.N.T. supongo que una vez reunificada —que, ya he dicho, es muy importante— no puede hacer borrón y cuenta nueva, o sea ignorar cuanto se había logrado hasta ahora. Por ese camino se tardará mucho más. Ya me ha parecido un error de la C.N.T. —que puede ser el porvenir de la Península— el cerrar la perspectiva política en el año 36, pues, a mi juicio, debía ser la más interesada en atraer a esas corrientes que surgen en el Interior, tanto en el plano intelectual como en el plano revolucionario. Señalo los inconvenientes, y me parece que éste es uno. Otro inconveniente, y no hay que ocultarlo, reside en la actitud del P.S.O.E. Siento que no haya aquí amigos socialistas del P.S.O.E. —otros estamos— porque convenía se hubieran percatado del ambiente de este coloquio. Pero la realidad es que ellos no quieren hacer un organismo permanente, un organismo que movilice, que presione para que las derechas pacten. Creen que las declaraciones y los artículos de periódico son suficientes. Y no lo son. Hay que crear el organismo capaz de plantear ese problema de movilización popular. Es posible hacerlo y estoy convencido de que puede salir adelante.

Solamente dos palabras, para terminar, en lo que se refiere a los comunistas. Tal vez si tuviese veinte años menos me preguntara, como muchos jóvenes del Interior ¿por qué no hay que unirse con los comunistas? Pero tengo cuarenta años, y a mí quien me ha hecho anticomunista, de ese anticomunismo distinto del de Franco, son los comunistas. Porque eso del carnet, amigo Gardó, ya lo aplicaron los comunistas en nuestra guerra, y no podemos olvidarlo. Nos pedían el carnet y no nos decían —que eso hubiera sido más noble—: con ese carnet no podéis combatir. Nos decían: «Ponéos ahí», y nos asesinaban por la espalda. Y encima se nos colgaba el sambenito de fascistas. Mi deber es no olvidarlo, y decírselo a los compañeros jóvenes. También hay que decirles otras muchas cosas, entre ellas que fueron los comunistas quienes propusieron la entrada de Franco en la O.N.U. Admito que los comunistas son adversarios del régimen de Franco, pero hasta que no nos demuestren realmente su sinceridad, hay que plantearse el problema de la colaboración con mucha desconfianza. Vamos a unirnos los que confiemos entre nosotros, y luego ya veremos cómo aprovechar el concurso de los demás.

Si volvemos la mirada al pasado encontraremos en la experiencia de la C.N.T. o de los republicanos o de los socialistas multitud de conflictos; se han pegado recíprocamente, constantemente. Pero lo hicieron en el apasionamiento del combate, no friamente, arteramente. En cuanto a los comunistas, me atengo

a la experiencia que he vivido, y creo que jamás ha existido cosa parecida. Si ha cambiado, que lo prueben en la acción. Y si son sinceros en esta acción, sabrán que, hoy por hoy, las iniciativas no pueden ser de ellos, sino nuestras.

José Maldonado

Me da un poco la impresión de que nos preocupamos con exceso de las ideologías, lo cual es un propósito laudable, pero que nos aleja de la finalidad que nosotros debemos perseguir; para lograrla, a mi juicio, es indispensable que nos ajustemos a la realidad, que veamos las cosas, en suma, no como cada uno, con arreglo a su criterio las imagina, sino como son en realidad, en el choque, en la confrontación de los pareceres y las opiniones de unos y de otros. En realidad las personas que se reúnen en este coloquio y supongo que la inmensa mayoría del auditorio —y digo la mayoría porque no dudo de la posibilidad de que haya algún elemento franquista que venga a oír lo que decimos— somos lo que se puede denominar la izquierda española, o, mejor, un sector de la izquierda, pero no de la izquierda española en el exilio, sino como dicen los franceses, *tout court*, de la izquierda española. ¿Por qué? Porque nosotros somos todos hombres de partidos y organizaciones y nuestros partidos y organizaciones tienen una mayor o menor prolongación en el Interior. Somos, pues, la izquierda española, a la que unen, en líneas generales, una serie de aspiraciones para mañana. Nos une, pues, el mañana.

Naturalmente, aquí se dijo, y se dijo a mi juicio con razón, que no podíamos tratar ahora los problemas de mañana, porque eso sería una divagación estéril. Pero, sin embargo, los problemas de mañana, como los de ayer —con esto recojo una alusión del Sr. Leval— no son específicamente problemas políticos. España tiene un problema político que resolver: el de estructurar un Estado, desde nuestro punto de vista. Y el de estructurar, un Estado que, por una serie de razones históricas, va a ser un Estado complejo. Aludo a las preocupaciones autonómicas de algunas regiones, fundamentalmente Vasconia y Cataluña, para las que tenemos un sentido comprensivo. Pero, para nosotros, republicanos de la segunda mitad del siglo XX, los problemas políticos han sido superados. Hay una conexión constante entre los problemas políticos y los problemas sociales y económicos. Y cuando decimos república no decimos estructura política del Estado español, sino estructura social y económica de carácter progresivo, audazmente progresivo, tan progresivo que nosotros no le ponemos más topes que aquellos que exijan las condiciones de la economía nacional. Eso no es, naturalmente, una actitud demagógica, sino el fruto de una convicción a la que llegamos de una manera clara y espontánea.

Hay que producir mañana en España una honda transformación social; pero nosotros, la izquierda —sólo la izquierda—, hemos de tener un programa mínimo. ¿Para qué? Para no incurrir en errores pasados. La segunda república no fue sólo política; tuvo un contenido modesto de carácter social y económico. Hubo errores por parte de los elementos dirigentes de la política republicana —¿por qué no reconocerlo lealmente?—, pero hubo también errores por parte de algunas fuerzas —y no trato de ofender a nadie— que no prestaron a esa política republicana la verdadera colaboración. Y aun hubo errores mucho más graves cuando el franquismo desencadenó la guerra, en que, en lugar de colocarse en torno al gobierno atacado, cada uno quiso hacer su revolución.

Los problemas de mañana, sin embargo, tienen una utilidad. Pues no se puede dirigir a la opinión española desde ahora, sin anunciarle cuáles son nuestros fines, nuestros proyectos y nuestros ideales. A la inmensa mayoría de los españoles me parece que no les haremos votar. (Dicho sea de paso, éste es un problema general que las personas que se dedican a los estudios de ciencias políticas conocen, es decir, un fenómeno de desinterés por la política, no sólo en España, sino en todo el mundo). Sólo podremos movilizar a la opinión española, para votar o para lo que sea, si le anunciamos ya cuáles son nuestros propósitos y si éstos propósitos tienen la virtud de galvanizar la conciencia de las gentes diciéndoles cosas concretas y no engañándolas con vana palabrería.

Pero la tarea de hoy es la de derrocar a Franco, la de acabar con Franco. Creo que hay tres posibilidades de analizar el problema: primera, ¿qué puede hacer la izquierda por sí sola?; segunda, ¿qué puede hacer la izquierda con relación a otras fuerzas?; y tercera, ¿qué puede hacer la izquierda sobre la derecha partiendo de las posiciones de la izquierda? Eso es lo que yo quiero resumir ahora. Tenemos dos caminos: el de la violencia y el de la negociación. Personalmente, patrocinaría sin vacilación la violencia. Porque si lo que hay que hacer en España es una honda transformación de carácter social y económico, será preciso que se haya producido una violencia. Ahora, yo me pregunto: ¿es que en el Interior existe un clima propicio para que se pueda desencadenar con eficacia esa violencia? Confieso tener que no. Puede haber grupos audaces, decididos, pero imagino que son grupos muy reducidos. La experiencia de los contactos que tenemos con el Interior y las referencias de los contactos que los dirigentes de otras organizaciones y partidos tienen con los suyos, me hacen llegar a la conclusión de que el camino de la violencia, hoy por hoy, no es viable. ¿Quiere decir esto que se abandone? No. Pero que se tenga presente para utilizar la violencia en la medida de lo posible, e incluso conjugar la violencia con otras acciones que sólo se producirían como consecuencia de la misma violencia. Y si el camino de la violencia, teóricamente el más corto, no es en las circunstancias actuales

el más inmediato, entonces habrá que pensar en la negociación.

Sorprende un poco, y no hay en ello reproche, que elementos de las nuevas generaciones apadrinen una actitud violenta, cuando hasta ahora éramos los viejos los que cargábamos con el sambenito de ser los responsables de la guerra civil. Las nuevas generaciones surgen políticamente en torno a esta idea: superar la guerra civil. Naturalmente, no se supera la guerra civil desencadenando otra guerra civil. Y si la fórmula no es la de la violencia, ¿cómo las fuerzas de la emigración, con sus prolongaciones en el Interior —aunque estuvieran unidas sin la menor fisura— podrán acabar con Franco si no es mediante la negociación?

Por si esto fuera poco, tenemos la cuestión de los comunistas. Todas las reservas a que se ha aludido aquí respecto al Partido Comunista son evidentes, pero en política, hay que contar con la realidad. ¿Quiere decir que yo propugne la colaboración con los comunistas? Pues desgraciadamente no la puedo propugnar porque sé que la opinión emigrada tiene razones —y añadiré que siento, por mi parte, que son legítimas— de recelo y de desconfianza hacia el Partido Comunista. Pero además, por otra razón, a la que se ha aludido ya, porque el problema español tampoco lo podremos resolver los españoles con la hostilidad de determinadas potencias. Ese es un argumento más que se añade a las dificultades que se van a tener con los comunistas. Sin embargo, yo soy de los que entienden que las circunstancias obligarán a tener con los comunistas ciertas relaciones posibles, porque lo que no se puede hacer es volver la espalda a la realidad y decir que no existe lo que existe y actúa.

Pues, bien; si la izquierda no puede hacer sola más que esto, creo que tenemos que pensar, con todo lo que nos duela, en lo que podría hacer unida a la derecha. Si para unirnos nosotros hemos de transigir recíprocamente, para unirnos con la derecha, las transigencias colectivas nuestras, más las de signo contrario, han de ser aún mayores. Resultado: el pacto con la derecha conduce mañana a un régimen que no puede ser revolucionario, sino nacional de tipo medio. Ese fue el compromiso del año 1931 y ésa fue la dificultad mayor que tuvo para desarrollarse y para progresar la república.

La historia interesa por lo menos como experiencia, porque las realidades de ayer vuelven a ser en muchos casos, en la mayor parte de los casos, realidades mañana. La relación de la derecha con la izquierda es muy difícil. ¿Por qué? Porque los fines que nosotros perseguimos para mañana, no son ya distintos, sino contrapuestos. Las dictaduras constituyen una actitud defensiva de las clases reaccionarias para oponerse a los avances del progreso. Y Franco vino por eso. La mayor dificultad consiste, sin embargo, en una cosa que es evidente: los monárquicos no se oponen por principio a que la solución del problema español se efectúe por el sistema civil de las elecciones, sino porque saben que la fórmula electoral no les conviene, porque

no tienen opinión. Pero ahí es cuando la izquierda sola puede intervenir con eficacia. Si las maniobras para restablecer la monarquía por golpe de Estado y las negociaciones de carácter internacional para obtener la bendición —no sólo papal— de ese restablecimiento monárquico persisten, es porque la izquierda no sabe oponer a tales manejos una actitud firme y decidida. Haría falta fijar esa actitud, pero tal actitud —y con esto termino— no corresponde a los que intervenimos en este coloquio, sino a las fuerzas políticas y sindicales, que son las que tienen la misión de actuar y de llevar a España por los derroteros que a nosotros todos nos son comunes.

Jesús Insausti

No voy a repetir lo que ha dicho el amigo Pallach, porque eso, en líneas generales, es lo que yo hubiera podido opinar con relación al tercer punto del orden día. Al margen, pues, de la discusión, me atrevería a proponer que, en vez de formarse un tipo de comisiones, se volviera a repetir este coloquio, con el mismo temario, quizá un poco ampliado, y acaso siguiendo otro método, es decir, haciendo lo posible para que cada orador pudiera exponer sus ideas en un máximo de un cuarto de hora. De este modo habría posibilidad de contrastar mayor número de opiniones, que es lo importante. Al efecto pediría a los organizadores que ampliaran las invitaciones en el campo sindical y que, concretamente en el socialista, requiriesen la colaboración de militantes del P.S.O.E.

(La presidencia recoge la iniciativa y aclara al mismo tiempo que había sido prevista la participación en este coloquio de distintos militantes del P.S.O.E., y si no han venido es quizá por la coincidencia con reuniones de su propio partido, y en todo caso por motivos ajenos a la voluntad de los organizadores).

Félix Carrasquer

Esta mañana, al analizar la situación del exilio se sugirió la movilización de fuerzas y el establecimiento de un compromiso entre todos los grupos emigrados para recuperar la confianza que el interés de España precisa. El exilio, si tiene razón de existir como conjunto que desea la liberación del país, debe partir de un principio esencial: servir al Interior. Lo que España desea, la España de todos los sectores, la de los grupos clásicos y la de los grupos jóvenes —que tienen todavía muchas confusiones— es que el exilio empiece a dar signos de preocupación por los problemas nacionales. Aquí hay libertad para reunirse, para contrastar opiniones y para trazar proyectos. Pero los proyectos, con todo y ser indispensables, no bastan para poder mover

a la opinión en el país. Es preciso que la unificación de las fuerzas antifranquistas se fundamente en un programa mínimo de contenido social y progresivo.

En el Interior, yo he hablado en la cárcel con presos de todos los grupos y generalmente he encontrado una fraternidad real. Si ese mismo espíritu presidiera las relaciones aquí, las cosas se arreglarían muy fácilmente. Lo mismo en Ocaña que en San Miguel y otros penales, el acuerdo es completo con relación a la alianza sindical y con posponer todos los principios a la necesidad urgente del derrocamiento de Franco. Pero, además, existe en el Interior una coincidencia sobre las reivindicaciones inmediatas a la liberación, a saber: establecimiento de una democracia auténtica de estructura federalista; reforma agraria de tipo socializante; separación de la Iglesia y el Estado, aspiración que reconocen también casi todos los católicos.

En cuanto a los sindicatos, la alianza C.N.T.-U.G.T. puede hacerse cargo de todo ese aparato creado por el franquismo, no para conservar su burocratización estéril, sino para impulsar la reconstrucción nacional y asegurar a los trabajadores el mínimo de bienestar que les es debido. Todo eso, emprendido afanosamente por los hombres experimentados, repercutirá en seguida en las nuevas generaciones, en esas juventudes que anhelan cooperar a la dignificación de España. Porque la realidad es que hay en el Interior fuerzas sanas, aunque desde aquí se las desdén. Yo, que las he conocido en momentos de prueba, lamento la ligereza con que a veces se ocupa de ellas la prensa. Los jóvenes, sobre todo, sienten la intencionalidad revolucionaria con tanta responsabilidad como podamos sentir la nosotros. El hecho de que de niños estuvieron en los Pelayos o en una agrupación estudiantil del régimen, no ha impedido —y ése es su mérito— que buscaran por sí mismos elementos de juicio. Desgraciadamente no constituyen sino minorías muy pequeñas, mas podrían alcanzar —en la medida en que se les ayude— una resonancia enorme. Lo importante es, pues, que sobre la marcha adoptemos una táctica y vayamos interpretando las necesidades de la acción.

Si este coloquio ha de tener alguna virtud, debe ser la de ir despejando de rencillas el ambiente y que, como han dicho algunos compañeros, cada cual procure influir en sus propios partidos y organizaciones para superar los efectos del sectarismo estéril. Si no lo hiciéramos, entorpeceríamos, y acaso impediríamos para siempre la transformación de España en sentido democrático, haciéndonos cómplices del establecimiento de una monarquía absolutista, que ya veríamos a dónde nos llevaría. Así, pues, la responsabilidad es enteramente nuestra y si no sabemos movilizar todas las energías, los españoles del Interior nos menospreciarán y se alejarán definitivamente de nosotros.

Clausura del coloquio

Concluidas las intervenciones, el presidente de la sesión hizo constar el agradecimiento del Centro de Estudios Sociales y Económicos hacia todos los asistentes, añadiendo que el Centro se reservaba el derecho de analizar la discusión efectuada para condensarla en un pequeño programa de estudio, acaso más concreto, que podría ofrecerse a los organismos a quienes compete realizar el trabajo más eficaz.

*Amigo lector : Haz cuanto
te sea posible para introducir
este folleto en el Interior.*

IMPRIMERIE DES GONDOLES

S.A.R.L. au capital de 10.000 N.F.

4 et 6, rue Chevreul

CHOISY - LE - ROI (Seine)